

Certamen Literario Brunca 2022

Universidad Nacional de Costa Rica, Sede Regional Brunca



Compiladores:

Joseph Montenegro Bonilla

Priscila Villalobos Olivares

Bryan Rivera Sandí

Certamen Literario Brunca 2022

Compiladores

Joseph Montenegro Bonilla

Priscila Villalobos Olivares

Bryan Rivera Sandí

860.4
B715c

Montenegro Bonilla, Joseph; Villalobos Olivares. Priscila; Rivera Sandi Bryan, compiladores,
Certamen Literario Brunca 2022
Editorial Nacimiento - 1ª ed. Pérez Zeledón, C. R., 2022
220p. : 21 X 13,5 cm.

ISBN: 978-9930-582-66-4

1. LITERATURA COSTARRICENSE 2. LITERATURA
I. Autor II. Título

Imagen de portada: Niki Sáenz Kums.

Editorial Nacimiento.

Diagramación: Adams J Ruiz.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción no autorizada por cualquier medio, mecánico o electrónico del contenido total o parcial de esta publicación.

Ganadores

Cuento Regional

El jurado decidió conceder el primer lugar a Dilán Jaseth Rodríguez Ríos que presentó el cuento “Entre nosotros”.

Poesía Regional

El jurado decidió otorgar el primer lugar al poemario titulado “Instantes de un día cualquiera”, de Marcelo Chinchilla Solís.

Cuento Nacional

El jurado decidió conceder el primer lugar Fernando Hidalgo Solano por la colección de cuentos “Creo que me llamo Julio”. También se entrega una mención honorífica a Manuel Antonio Umaña Campos por la colección de cuentos “Escenas”.

Poesía Nacional

El jurado decidió otorgar el primer lugar a Josué Trejos Campos, por su poemario titulado “Cuando las brujas toman el té”. Adicionalmente entre tres menciones de honoríficas. La primera mención honorífica a Armando Calvo Rojas por el poemario “Dinosaurio Crepé”. La segunda mención honorífica a Julián González Betancur con el poemario “Ejercicio de poesía”. Y la tercera mención honorífica a Arturo Navarro Solano por el poemario “País interior”.

En relación a la imagen de portada, se seleccionó la obra de Niki Sáenz Kums.

Presentación

El 15 de noviembre de 1978 Hernán Cruz Rodríguez, Iván Moreno Rampani y William Garbanzo Vargas crearon un taller literario en San Isidro de El General, sin saber que serían los precursores de un movimiento literario prospero, lejano al Valle Central, así se convierte a Pérez Zeledón en uno de los cantones de mayor producción literario (en la actualidad) del país.

En su primera etapa de funciones el grupo crea la revista literaria Alborada, que posteriormente recibe el nombre de Diquis.

Para septiembre de 1998 se consolida este movimiento literario mediante la fundación de la Asociación de Escritores y Editores de Pérez Zeledón, y a su vez la Editorial Kamuk.

En este movimiento literario se estima que se han publicado más de treientos libros, prevaleciendo el género de poesía, seguido de cuento y novela, además algunos ensayos.

Los precursores del movimiento literario, previo a las acciones específicas en Pérez Zeledón, algunos asistieron al taller que coordinaba Laureano Albán. Con suficiente motivación, reciben impulso motivacional importante, así es como el sábado 4 de noviembre de 1978, cuando William Garbanzo Vargas y Hernán Cruz Rodríguez en una ceremonia en la Casa de ANDE se les entrega un premio por poesía. Este premio correspondió al concurso de poesía organizado, como parte del trabajo académico de las jóvenes Betsey Sánchez Ureña, Elizabeth Chanto, Marilú Ceciliano y Dafne Monge, estudiantes del Centro Regional de la Universidad Nacional, en Pérez Zeledón. Sin embargo, es en 1982 cuando se inicia el Certamen Literario Brunca, donde Melvin Méndez gana en cuento con “El loco del violín”, y en poesía gana Anabelly Solís Varela con “Mujer o sufrimiento”.

No es necesario incluir más palabras para demostrar que un concurso literario tiene el poder transformar toda una región, de impulsar todo un movimiento y dejar un legado por décadas, como lo hace el Certamen Literario Brunca, que cumple cuarenta años este 2022.

Adams J Ruiz.

Poesía Regional

Acta de jurado

Certamen Literario Brunca, Poesía Regional, 2022

El día martes 27 de setiembre de 2022 se reunió y deliberó el jurado del Certamen Literario Brunca 2022, para el género de poesía en la modalidad regional, el cual, estuvo conformado por Miguel Castro Guevara, Katherine Quirós Bonilla y Norma Carrillo Padilla. Luego de examinar minuciosamente las obras participantes, el jurado conviene en lo siguiente:

1. Otorgar el PRIMER LUGAR a la obra titulada Instantes de un día cualquiera, presentada bajo el seudónimo de Diógenes Silencio. El yo lírico nos muestra paisajes y escenas que nos describen la realidad del ser campesino, de las luchas internas, la soledad y las adversidades. Los poemas prestan síntesis y gran atención a los detalles. Además predomina el uso de imágenes originales y concretas.

2. No otorgar ninguna mención honorífica en esta categoría.

Concluida la labor encomendada por la Sede Regional Brunca de la Universidad Nacional, cerramos acta y firmamos.

Miguel Castro Guevara

Katherine Quirós Bonilla

Norma Carrillo Padilla

Primer lugar

Marcelo Chinchilla Solís

Instantes de un día cualquiera

Puerta

Esa apertura en la pared contiene siglos de un deseo
y funciones estrictas de una esencia dual.

Llamar y que no abran,
que abran para ver y volver a cerrar;
que nunca cierre,
que se traben.

Nada de eso ha sido tallado en los dinteles
o en las inscripciones de la alfombra.

Hace un tiempo llegó un general
prohibió las puertas.

Ahora usamos las ventanas.

Divagación

Trata de esculpir una memoria
a sus viejas palabras.
Busca entre los carros donde se ha reflejado
y con la manga borra las despedidas.
El instante es lo decisivo, decía cierto Danés.
Los cerrojos y los portones
inician su diálogo capitalino
alrededor de las 6 y las 8 p.m.
Luego discursos a gritos y llantos.
Estoy sentado ¿en el corredor o en la acera?
Son las 4:46 a.m.,
se perfuma la ciudad
con aroma de panaderías.
¿Al otro lado del cerro estará igual de frío?

Hacinamiento

Resonaba mi pecho esa madrugada
como una catedral de huesos.
Estampidas de letras
buscan un lugar seguro.
¿Dónde se albergarán?
Si las posadas de este cadáver
están hacinadas por regimientos
de versos en rehabilitación.

Epifanía

A los 30 años uno entiende que
Dios se manifiesta en una gotera,
que, teniendo todo el zin para crearse,
cae de madrugada en la cama;
que apenas cabe
en el cuarto arrendado.
¡Dios!

Danza fúnebre

Cuando el bosque se incendia,
son los carbuncos quienes rumorán fuego entre las ramas.
Habrá quienes dejan grandes apuestas al viento, se equivocan.
Cuando los brazos ardientes florecen
son los carbuncos los primeros en morir.
En su interior códigos morse del fuego
se activan intermitentes. Los guían hasta abrazarlos.
Y eso, que mueren en llamas,
en altares de danzas ardientes.
Su ascenso fúnebre desesperado
buscan llegar al cielo,
mientras incendian todo en su descenso.
Y te cuestionas el precio de arder.

Palabras de apoyo

Amanecen puntuales las hélices
de la brújula que sigo sin entender.
Amanece y, aún, mis ojos colgados en la ventana,
siguen los destellos que dejaron los carbuncos.
Una palabra trapeceista tiembla en la punta de mi lengua.
Insomnio.
Ya sé que la poesía no da para el bus.
Estoy despierto ¿sabes?
Si las palabras serán fragua,
mejor dejarlas desacomodadas.

Levantarse

Arranqué cada una de mis extremidades
de la maceta donde se marchitaban.
Estaba descompuesto,
llevaba días sin saber de movimiento.
Lo remojé en la quebrada, lo lavé con azul de mata.
Lo puse al sol y a la lluvia.
Lo sembré dos días
con una mata de chile dulce al lado.
Le tiré la broza del café.
Algo le brotó.
Parecía el retoño de una sonrisa.

Reencuentro

Al descongelarse los pájaros
sabemos próxima la salida de la zona 27.
Si las sombras han estado
alrededor de las velas,
si las ausencias se acumulan en las esquinas.
Es un hecho,
ahora irrumpen olas de sueño,
la marea alcalina después del ayuno;
detestas a presentadores de noticias
y se te antoja un atol.
Caes, caes y... eso,
que caes sin miedo esta vez.
Con la seguridad que eres
esa mezcla de carne y nervios precipitada.
Por primera vez sientes que eres tú.
Y no importa la distancia recorrida
o los 28 años de vida.
Porque en ese instante
sabías que eras tú
y eso costó tan caro como el pan.

Desatención

Regué la sonrisa del jardín
en ausencia de bostezos metálicos,
normales al despertar
los techos con sereno.
Salí sin despedirme de los geckos.
He estado distraído.
Tijos y sombras anidan
en las cuencas de mis ojos.
Buscando un lugar
donde esconderse del sol.
Hay bruma en sus nidos
y los tijos primero,
y las sombras luego,
no tendrán estas cuencas.

Prioridades

Hay quienes, por sus ganancias,
insisten en inventarios de días, likes en fotos de perfil
y seguidores.

Otras personas,
embriagadas de sensatez,
cuentan al caer las gotas del aguacero.

Aunque sus días estuvieran en conteo regresivo.

Festejos

Dejando el azufre de las cebollas que entró en los lagrimales,
he sacado campanadas del atrio huesudo,
resuenan en las ollas sin uso de la cocina.
Me huele el pelo a humo y comino,
parece que habrá turno.
Las bombas revientan en las palmas de mis manos
y deseo con todas mis fuerzas aferrarme.

Invitación

Hace rato ya de libros y conceptos como esquivas de leña.
Verdades como palomas en los alambres de electricidad,
que con un aplauso alzan el vuelo.

Y quieres que me alinee, pero, obvio, en los alambres de tu barrio.

Tiros de gracia

A pesar de mi retirada entre los callejones de una ciudad
[adormecida,
dos flechas lanzadas desde pozos de carbón me visitan las pupilas.
Aunque debo aceptar que hace del insomnio un cálido instante.
Aún así, he sido uno de esos felinos nocturnos
con la mirada acuarela y las uñas afiladas,
que aprendió a evadir las patadas, pero no esos tiros de gracia.
Ante estos sólo soy una presa
que secará sus huesos en la profundidad de sus pozos.

Enseñanzas

Si una hierba alquila
entre las grietas del rompeolas,
no hay porque suspirar
cuando la marea la borre.

Vivir lamiendo los cables de alta tensión
deja un tic nervioso en los labios.

Jugar bajo la tormenta
ensucia las medias mientras lava las preocupaciones.

Trofeos subjetivos

Un tulipán azul me regaló la noche.
Yo iba con violines borrachos y desafinados.
Lo use como pincel para los detalles alegres.
Llevaba el tulipán azul y una mala pintura.
La pintura la colgaría en la bodega.
Pero el tulipán lo luciría como un trofeo
a los insomnios con los que fue germinado.

Necesidades

Cansado de las canciones sobre culos.

Corrí a refugiarme entre las hojas de los guayabos,
en los susurros de quebradas y sus corrientes.

Bombardeado por filtros de sonrisas.

Corrí a refugiarme en las ruinas de un trapiche,
chorreo carcajadas en atados.

Para luego del fuego servir las en jarros de aluminio.

Manual de espera

Sentado en un minuto, espero
la tardanza del invierno en los lagrimales.
Ejecuté el teatro de apagar las luces,
movimientos elegantes arrastrando la sombra
a la cocina y luego al cuarto.
El disciplinado ritual de cerrar la puerta sin despedida
y vagar por el desierto de la sala
sin un oasis de verbos.
Me he precipitado sobre los de templos
dedicados a ídolos arcillosos.
Alzar la voz es inevitable.
Pero el silencio es necesario.
Buscaba, hasta romper las uñas,
dejando un camino de puntos carmesí como mapa de búsqueda,
los ecos a las plegarias predicadas en sus adentros.
No quiero levantar templos,
menos amasar la imagen de otro ídolo de arcilla.
Como ahora no hay templos ya no hay ecos,
el silencio ayuda a escuchar las plegarias,
sin que ídolos las respondan.

Lenguaje corporal

Abrázame en el cuarto menguado,
en los kilómetros de silencio.

Abrázame cuando duerma en rosales.

Abrázame con ganas, que se encarnen las espinas.

Archivo

Creo que soy una biblioteca de instantes.
He guardado olores de las dos estaciones tropicales,
de las flores de caña india y de sotas;
para saber cuándo sembrar mis risas.
Sin mencionar el mapa de recuerdos
o el cementerio de miradas en que se ha tornado
esta masa de carne.
Lo peor son los sabores que se amontonan debajo
de la lengua y se activan con las bocanadas de náufrago.
En fin, pariente.
Tenga cuidado con las obras
y personas autoras que llenan su biblioteca.

Ocaso fastidiado

Cautiva el agua en la celda del Whisky,
se susurran plegarias por las almas
que en su copa naufraga la tarde.
Náusea por los brazos caídos.
Por las manos imprecisas, domadas.
Estando hoy insurrectas y salvajes
arrancan un pedazo de pan.
Tomarse a gotas el presente.
Afirmar la existencia en cada instante.

Aclaraciones

Es mejor que se dé por enterado
que no soy el puñado de letras que estos escritos relatan.
Tengo gelatina de naranja entre el bigote
y las playas de mis labios secas.
Una nube de decisiones
que con el viento del presente se puede disipar.
Tengo el incómodo honor de haber sido traído a la fiesta
en el tercer salón desde el sol.
Recopilo décadas de escalofríos,
historias del bus y metidas de patas.
Me gusta creer que algún día después de mi muerte
los poemas sobre el hambre no se puedan entender.

Zopilote

Vuelo alto de sepultureros.
Discípulos de Mictlantecutli
cruzan los cielos
con negras túnicas;
capuchas rojas, negras y amarillas,
trazando una necro-cartografía.
Su podrida eucaristía,
su coagulado vino
y la descuartizante ceremonia.
Levantán sus alas para oscurecer
el brillo agonizante de las pupilas.

Negación

Hago mi mano un hueco profundo
en el que caben los tres metros de tierra
donde sembraron su cadáver
hinchado de historias.

Revisé, en las profundas sombras del armario,
el rastro de alguna prenda que conserve la esencia de su vitalidad,
o por lo menos el olor de su detergente favorito.
Niego completamente que haya dejado la ropa sucia
como si volviera un día a terminar de lavar.

Previsiones

El tintineo del bolsillo extinto.
Los puños apretados,
la garganta con nudos.
Todo sigue su ritmo.
Mientras gusanos preguntan
si mi cuerpo ya es habitable.
Les prometí no cobrar renta,
pero que a la obra aún le falta.
Los únicos papeles
que guarda mi billetera
son las cartas por si algún día
decido darles vivienda a esos gusanos.
Las conversaciones migraron
a mesas llenas.
Las risas desalojaron
la salivosa habitación.
Pero dejaron la luz
de las pupilas prendida,
por si deciden regresar.

Poesía Nacional

Acta jurado Certamen Literario Brunca, Poesía, Categoría Nacional 2022

El día jueves 29 de setiembre de 2022 se reunió y deliberó el jurado del Certamen Literario Brunca 2022 para el género de poesía en la modalidad nacional, el cual estuvo conformado por Arabella Salaverry Pardo, Iris Valverde Usaga, y Susana Monge Alvarado. Luego de examinar minuciosamente las obras participantes, el jurado conviene en lo siguiente:

1. Otorgar el PRIMER LUGAR a la obra titulada “Cuando las brujas toman el té”, presentada bajo el seudónimo de Josué Trejos, por su propuesta estilística, que nos ofrece textos de gran musicalidad y sencillez poética, plasmada en poemas del desencanto que logran conmovier y tender puentes hacia el lector con un mensaje significativo.

2. Otorgar una MENCIÓN HONORÍFICA a las obras tituladas

“Dinosaurio crepé” de Grent Freeznor

“Ejercicios de poesía” de Roberto Betancur

“País Interior” de Don Navarro

Por su buen manejo del lenguaje, por su propuesta estilística novedosa, y sus contenidos.

3. Observaciones: recomendamos una revisión filológica a los textos previa a su publicación.

Concluida la labor encomendada por la Sede Regional Brunca de la Universidad Nacional, cerramos esta acta y firmamos

Arabella Salaverry Pardo

Susana Monge Alvarado

Iris Valverde Usaga

Primer lugar

Josué Trejos Campos

Cuando las brujas toman el té

Barcelona

A medio día leía un poema de Gustavo,
no conozco a Gustavo y nunca lo haré
pero a medio día teníamos algo en común:
Barcelona;
mientras él hablaba de poesía,
yo pensaba en Freddie y su canción,
su coro, su video
y en la marea alcalina que me ataca a esas horas,
no sé porque pienso estas cosas cuando leo,
no sé porque veo fotografías del mar
en pleno sol del mediodía,
ha de ser porque pronto
se estrena la película de Queen,
espero en ella poder oír Barcelona
aunque dudo mucho complacerme,
no está entre las favoritas
ni en lo que piense Gustavo cuando escribe Barcelona,
sólo está en mi cabeza
martillando los coros
como sacerdotes inquisidores que la repiten una y otra vez
hasta hacerme correr desnudo a gritar.
Podría llamar a la radio
y ponerla a sonar,
sacar el CD para toda la cuadra,
pero a quién voy a engañar,
eso le quitaría el delirio
a la marea alcalina de medio día
y el fondo de este poema.

El frasco de mi abuela

Me compré un frasco de vidrio
y me compré unas galletas pequeñas,
de esas cafecitas de coco, de las que me daba mi abuela
y las puse en lo más alto del mueble,
donde tengo que subirme en una silla para tomarlas,
justo como lo tenía mi abuela,
y así es como me siento como un niño,
y de nuevo le pido galletas a mi abuela,
y finjo con su voz
que me da una y luego otra a escondidas
y me siento en su regazo —mi silla fría y vacía—
y el viento me da su beso,
abrazo el frasco como si fuera ella.

Ella ya no está,
pero creo que si compro un delantal
y lo guindo en la cocina,
tal vez venga y la mire,
aunque sea en sueños

Feliz Aniversario

Seguro se cumplen años de tu muerte,
no recuerdo ni quiero tener presente la fecha,
pero estoy seguro de que más allá
chocan las copas a tu salud.

Destaparé también una cerveza,
dos, tres, quizá más.

Estos días he visto todos tus rostros,
en las mañanas, a mi izquierda,
pasabas con una mirada tímida al suelo,
en la tarde, de frente sonrisas nerviosas
guiño un ojo al viento
y de noche miro a tu hijo.

Un trago por cada uno de tus rostros,
seguro bailas al otro lado.

Te confieso que no me haces falta,
las lágrimas que alguna vez bañaron tu ataúd
se beben en espuma de nuestras jarras
mientras cantas conmigo en la barra del bar.

No lo sabes,
por eso te lo grito en estas letras:
¡NO ME HACES FALTA!
porque no te has ido,
aquí bebes conmigo.

Salud a tu ausencia.

Flor de caña

Es un trozo de hielo duro de morir,
no lo logró Santana adornando tus lágrimas,
la samba no era para mí.

Qué difícil es el último adiós,
el primero es igual,
tan punzante como un blues de los veinte
años, perdones, los siento, besos, amores...

Qué amargo es el trago de madrugada,
la Luna ya no cree en el reloj
ni el reloj se baja la copa
ni la copa creyó que alguna ocasión
escucharía el eco de las lágrimas.

El saxofón podrá cantar lo que el corazón detalle en piedra,
pero solo el susurro contará por las noches
el testimonio de quien la cuerda adorna.

Mudos bailan los testigos al son del viento,
los aires de diciembre no son lo que crees,
ellos traen esas navajas como balas
que perforan el respiro
cuando las fosas se niegan a advertir,
pero igual, debemos tragar para no ahogarnos,
no importa adonde se dirija el norte,
la brújula siempre verá donde la mirada apunte.

Es otra balada de los setentas
que corre a tu auxilio con hielo en su mochila,
ya es dulce el amargo
y tu presencia pesa más que el litro.

A estas horas ni la sombra quiere beber,
la señora Jones tampoco quiere hielo en el ron,
el vaso está ahí, a medio llenar,
maldito ese pecado capital,
chiquitita es sólo una canción
que de la mano lleva otro vidrio al club.

Es largo el trago,
a lo hondo cuando le busco el final,
el vacío me impide llegar a mi cama
y lo único que yo deseo
es apurar el amanecer sin despertarte.

Mayo

Llegó el mes de los abejones,
siempre espero verlos y oírlos golpear tontamente las paredes,
pero a inicios de mes no anunciaron su visita.
De niño me dijeron que eran almas difuntas
que salían a pasear, que les prestaban un cuerpo
y venían de vacaciones;
a mí me gusta hablar con los abejones
y fingir que me ponen atención.
Hoy es diez de mayo y no han venido.
Siempre que vienen les he contado todo
y me escuchan hasta que se cansan de mí
y se van, creo les molesta si les pregunto si son algún tío,
algún primo, el abuelo que no tuve,
o tal vez la abuela que ya murió,
seguro piensan que los descubro,
así que sacan sus alas
y se van dando golpes tontos en cada puerta.
Quince de mayo y no hay ni uno,
seguro se han llevado las lluvias.
Salir a pasear en estos tiempos es peligroso,
seguro por eso no han venido a visitarme,
porque no hay lluvia,
la lluvia siempre viene con ellos,
los protege, les limpia el camino
y borra sus huellas para que no veamos
adónde van ni nos vayamos detrás a su tierra,
han de tener un paraíso para salir solo un mes al año
y este año no salir.
Veinte de mayo y no hay lluvia, ni abejones.
Quizá no le dieron visas o no había cuerpos,
quizá los cansé y ya no quieren visitarme
o tal vez prefieren visitar otros lugares,
he visto que llueve mucho, pero no aquí,

en las noticias dicen que ha llovido mucho,
pero aquí el sol quema la piel
y los abejones no quieren gastar en protector solar.
Veintitrés de mayo y vi uno correr lejos de mí.
Ahora que lo pienso mejor, quiero ser un abejón de mayo,
pero no quiero venir aquí,
me quedaría en mi paraíso abejón
con mi familia abejón, al menos ahí no me aplastarían
como lo hacen aquí.
Treinta y uno de mayo,
llueve mucho,
ninguno vino
y yo les dibujo en la ventana.

Oleajes

Yo si le pongo nombre a las olas,
esto porque algunas me revolcaron
y me revuelcan
y lo harán hasta que las olvide
o muera en un vaivén de la memoria,
ir y venir al corazón
que se difunde en la arena
y es recogido en pedazos por los cangrejos
que con sus pinzas me lastiman
mientras unen trazo
para que otra ola lo ponga a latir.

Ciclos como la luna y sol
solo ciclos sin más que decir
que yo me encuentro en medio.

Cada ola caída en puertos diferentes,
cálidos, negros, jóvenes y viejos
como los deseos, el tacto y el juego nocturno
de las noches en que la conciencia permite
hasta que las olas se cruzan
y me revuelcan en los mismos puertos,
a veces vienen juntas
no sé como
pero vienen.

Y no es que me queje
que no me guste
pero debo ponerles nombres
porque cada una rocía mi cuerpo con sus aguas
y cada una me hunde en sus adentros
y bailamos en su interior.

Polvo a las cenizas

Cuando leí esto
recordé esa última pelea,
no solo porque me partieron el rostro
sino por la tierra que trague ese día,
si ya lo había olvidado
ahora se colgará como el sol que me ciega cada mañana,
no porque traiga vida,
este trae muerte a mi boca,
quizá fueron los cenizas de mi abuela
las que bajaron por mi garganta,
lo que alguna vez fueron los huesos
de algún cuatrero con una bala en su cabeza
de esas que a nadie le importan
y que quedó tirado a merced del polvo.

Es un lindo poema,
para Emilia “flores y abejas”,
para mí, cenizas en mis labios
cada que me caigo de la bicicleta.

Primero de mayo

Me dijeron que tenía cáncer,
así que me fui a misa,
es algo que nunca hago
pero era un día especial.

Me pidieron que me quitara mi gorra de Pink Floyd,
pero usé la excusa del cáncer
para que no vean que no me peino.

Cuando salió el sacerdote,
decidí descubrir mi peinado,
tal vez con el sermón éste dejara su rebelión,
pero aún con la voz fuerte y animada del padre
no fue posible moderación alguna.

Mi cáncer no es como cualquiera,
este crece y se encoge con el latir
de mis pensamientos,
de seguro es un cáncer de mente,
de mente y alma,
que corre por mis venas
y es adicto al licor,
yo trato de controlarlo
pero tiene decisión propia
y me juega sucio.

Tuve la fe de que los cuadros del nazareno ensangrentado
le dieran pánico y se fuera,
que el sermón lo hiciera reflexionar
y dejara de poseerme,
pero no fue así.

Al final terminé el día con un sermón comunista,
mi gorra resentida,
el cabello más rebelde
y el cáncer sonriendo,
caminando agarrado de mi mano,
entendí mal, no tenía cáncer,
yo era un cáncer.

Sobre esa cerveza pendiente

Es una pintura, una obra de arte
tu cuerpo colgando
bailando sobre una soga.
No te vi,
no te hablo,
lloro mientras danzas ruletas con tus venas,
no me asustes por las noches,
solo escribo si te veo,
bájate de esa cuerda
y tomemos esa cerveza pendiente,
los muertos no deben madrugar
y a mi nada me importa.

Sunrise on Tamarindo beach

Es curioso el despertar después de la tragedia,
Shakespeare sería un mentiroso
si dice que no disfrutó la función.

Primero los versos endulzan la copa de veneno,
la sábana se tiñe,
sólo se tiñe
y muere el deseo,
muere el sueño,
muere la ilusión
y muere la amistad.

Pero eso es sólo un telón que baja al amanecer.

En otro acto, al teñirse la sábana,
surge la pasión,
de fondo, el deseo ruge como rey
que ahí se sienta hasta complacer
a su reina mientras su cachorro duerme.

Pero siempre el sol baja con el telón
y la audiencia ya dormida
no quiere más.

Ella al despertar detesta aquello que fue ilusión,
sueños, deseos, placeres que dejaron de ser fantasía,
ya no quiere subir más el telón,
así que se sienta a ver arder el escenario
mientras las olas se llevan las cenizas,
y yo me llevo el amanecer
de playa Tamarindo.

To — — (Poe)

Quien te diera ese anillo
no tan brillante como tus ojos
ni tan sonriente
como este que escribe frente al altar?

Quien recordará esas penas
que antes fueron lecho,
hoy sombra que cobija el sueño
de aquel anillo que adorna tus guantes?

Yo doy la espalda al templo,
mi imagen tu sonrisa hiera
y el cielo aún goza lo hecho
aunque tu cama me despida.

Aun así, mi alma hoy se alegra
por estos corazones que se funden,
dejo esta carta alegre
con los cuerpos que aquí se unen.

Tormenta

La noche es perfecta para morir,
tres huracanes azotan mi caribe,
dos volcanes discuten sus celos,
la tierra se sacude las pulgas
y ella no está aquí.

Ella trabaja hasta tarde,
ella toma un café con su madre,
ella bebe cerveza con su amante,
ella corre bajo la lluvia como la niña que yo conocí,
ella se tapa con una sombrilla como la mujer que devolví,
ella es libre mientras yo me escondo de la lluvia.

Hoy llueve tormentas,
mientras el granizo golpea con furia mis espaldas,
la avalancha viene a abrazarme
pero aquí atisbo la hoguera para recibirla,
para que se decepcione
cuando vea que estoy aquí.

Ella siempre la recibe con café
pero hoy solo tengo cervezas y ganas de morir,
aunque no puedo marcharme con la muerte ni puedo
[emborracharme,
mañana debo trabajar.

Odio los versos aburridos,
y más si estos se van al extranjero
y se maquillan para volver con una cara bonita;
no son más que putas con labial en colección,
y mi biblioteca está llena de estas putas.

¿Y si pedimos permiso?

No tendríamos que escondernos
detrás de las miradas,
ni ocultar las palabras
que el viento se roba con descaro,
se van la pena y la culpa
y no habría que quemar la sábana
para borrar el sudor que deja el deseo.

Si pedimos permiso
nos olvidamos del perdón,
prendemos las velas,
descorchamos el vino,
y por la noche
podemos volver a casa
a seguir amando.

1ª Mención Honorífica

Armando Calvo Rojas

Dinosaurio Crepé

Lo que habita entre paredes

Te extraño
Pero para nada me haces falta

Ni para cambiar un bombillo
Porque no se ocupa idiota y medio
Ni un gallego, tan solo se necesita un banco

Me extraño
Porque para nada me haces falta
Nadie sospecha que para todo te ocupaba
Y que no me desocupaba en otros temas
por llenar tu afán de control.

Ni viendo un partido de fútbol
Porque no se ocupa estar en el estadio para ofender al árbitro.
Tan solo se necesita desquitarse de algo con un desconocido.

Me es extraño que me no me haces falta
Se me va a hacer un mes extraño el primero
que no te busque para saber tu opinión sobre algo.
Ni para que me revises las comas, las tildes y los puntos
de un poema que te huele a otra, pero es sobre vos.

Te extraño
Pero no me haces falta para nada
Ni para arreglar la ducha
Porque no se ocupa precaución
para reparar la ducha ni un apoyo emocional
Tan solo se ocupa bajar la cuchilla.

Todo lo que sobra de un año
Eso si es lo extra año
No el vacío que dejas que tan solo prendo la radio y ya se va

No el calor ausente que se reemplaza
con un pijama de ropa americana y una cobija

Te extraño
Pero no me haces falta ni para llorar
por algo cuando no tengo porque quejar

Hoy vine a tomar algo conmigo y creo que me gusto
Sospecho que conmigo esta ya enamorado
Y trata de hacerse el disimulado, pero él y yo sabemos.

Hombre de Nicaragua

Yo soy de nadie
Ni siquiera soy mío

Me siento en la merced a esperarme, a ver cuándo aparezco, aguardando un destello de mi para pescarme con el anzuelo del ojo.

Yo no soy de nadie
Ni siquiera soy algo
Máquina era cuando tenía una utilidad, fui fin de explotación,
12 horas de jornada
Lunes a sábado sin derecho a gripa o a la mínima de las diarreas.

Yo no soy algo
Ni siquiera sé si existo
Pobre, mínimo e invisible, divisible en la ecuación de la oportunidad, negado en el salón de clase y en el préstamo del banco.

Yo no soy de nadie
Ni siquiera soy mío
Permanezco como cachivache de compra venta furtiva, de esas que se ponen sobre una tela en la acera, vomitando ebrio al lado de zapatillas robadas, siendo pateado a mansalva por haberlas ensuciado.

Yo no soy alguien
Ni siquiera estoy vivo
Se almacena mí cuerpo en un cuarto frío con una etiqueta que reza: hombre de Nicaragua, desconocido, 45 años.

Técnicos contra rudos

Las mascararas

¿Qué son los luchadores sin ellas?

Son solo hombres de paja y barro,

figurillas bootleg únicas al igual

que las demás Con más rebaba

Con menos rebaba

Tan limpios, con tanta gracia y atractivo

Cualquiera puede ser glamuroso,

solo es permanecer quieto y parecer estúpido Hombres

¿Qué son los hombres con máscaras?

Son solo políticos de latón viejo,

o poetas de lana y mimbre ajado Con más favores

Con menos favores

Más vale prevenir que lamentársela

Mejor quedarse en silencio

antes de que no vuelvan a llevar bocaditos y bebida

al final de la velada

A la larga te acostumbras

A que todos sean tan inteligentes

que no entiendan una simple palabra

de lo que están diciendo.

Mascararas

Intenciones

Voluntades

Más caras

Más baratas

Técnicos contra rudos

sin límite de tiempo,

sin palabras,

ni oficio.

Pedrihno

Un día de tantos voy a matar a alguien
Un próximo semejante
que puede ser cualquiera
que pase y dibuje una daga cotidiana
con la mirada
Será en una callejuela
de tantas donde mate a un mendigo persistente
a punto de convertirse en asaltante.
Un taxista con María alterada de llegada tardía
Que me pregunta por fútbol
mientras se le incrustan las pupilas
en las nalgas de una colegiala
Será el próximo que mate,
porque esa colegiala puede ser cualquiera.
Será en un semáforo de tantos
donde las luces se reflejarán sobre la tapa
de un auto rojo que ya no avanzara jamás.
Un día de muchos voy a ser apresado
Un próximo oficial que no acabó la escuela,
me enseñará que asesinar es pecado
mientras él me apunta con su arma reglamentaria.

Los comediantes.

¿Qué si los conozco?

¡Claro!

Mas no sé quiénes son.

Dan la mano compulsivamente

Piden recomendaciones a la junta de palomas muertas

Si pudieran desenterrarían un gavilán

Para volar por un día y no caminar de por vida.

No es un buen día para quien no se ve bien

Frota el rubor contra las mejillas

Restringe el deseo

El déficit de autoestima se contrarresta con el de calorías

No hay sol para cuerpos no apetecibles

Ni merced ni regalo para bronceados que recuerdan a un filete

Huelen el vaso, y lo hacen girar en sus lenguas

Nunca han estado en una fiesta como esta

No habían bebido una copa así

Filma la vida, mas no la vivas

**Asómate en vano por la ventanilla
para saber quién más husmea**

No es un día interesante
para quien no se ve interesante
Eleva las pesas
Miente sobre tus acciones
Habla de la bolsa sin saber
El asunto de una minga pequeña
se contrarresta con un auto grande
No hay cardio para quien no hace ejercicio
Ni fama para el que no permita ser floreado
Un perdedor resentido
Vocífera con boca cerrada
Sobre retratos agrietados, caricias y trofeos.

A usted, más le valiera

*He aquí yo extendiendo mi mano contra ti
y te entregaré al saqueo de las naciones,
te extirparé de entre los pueblos
y te exterminaré de entre los países.
Te destruiré, y sabrás que yo soy El señor.
Ezequiel, 25: 7*

En asunto de muerte es mejor no luchar contra ello
Oídos sordos duermen en una culposa dicha
Invitan a seguir fijando clavos atravesando carne
hasta la cruz Nos sentimos
Notamos
Los ojos acusadores dando veredictos
Verdugos azotan con rosarios
Su lenguaje muerto
El basto sonido del silencio
La discreción del nervioso
El temor del incauto viéndose descubierto
Masoquistas se queman con fuego de veladoras
La asamblea sigue a sus espaldas.
Una cruz cuelga sobre la pared de su dormitorio
En compañía, caen de la gracia hasta la lascivia
En una culposa dicha
Invita a seguir atravesando carne hasta la cruz
Y usted que no es romano “padre”, perdónese
Porque —usted— sí sabe lo que hace.

Explorer 404

Me miró a mí, apoyado frente a un cuadrado
de lados constantes
dénticos con un centro de semejanza contraria
Una referencia o un cameo de algo que dice ser ego
Tan solo una estampa móvil de mí mismo.
Este boquete de entorno existencial,
es mí único respiradero
Una escasa evidencia para mis ojos de que nací y existo.
Hay que saber asomarse con cautela, en la madrugada,
los anhelos cortan, hieren como miles de pedazos
que se esparcen por el suelo del baño
Incrustándosenos en la sustancia sin dejarnos mover los pies.

El barrio de los gatos

Soy

Un desconocido en tierra desconocida

Donde los bordes resguardan polvo

Donde los quiebres de esquina

ocultan una sombría aparición.

Que aterriza con gritería de cambalache forzado.

Una polilla de sitio de olvido, unas muletas,

una cadena, un candado o un bastón.

Eso soy

Un hombre desolado de un pueblo desolado

Uno lleno de vacíos y silencio de campanas

Transitamos entre gatos,

perdidos,

al igual que nosotros.

Que buscan entre los techos peleas insensatas

o un ratón solo para trasponer el tiempo.

Somos espectros de cuerdas fantasmales

Cómo mininos sin dueño, transitando el calor

que guardan los caminos

Mientras nos percatamos que estamos extraviados

en un mundo perdido.

Frustrados, mostramos las garras,

en este barrio de los gatos.

Anna del Boulevard

Ya que fue encontrada,
al menos suéltense las manos
Que su sueño era libertad.
Cautiva,
los borrachos tropezantes de adoquines
se hincan a pedir indulgencia
de su excusado alcoholismo.
Pero no puede hacer ninguna gracia
Tiene los pies atrapados y las manos amarradas
Casi casi como la policía,
la casa episcopal
o la burocracia.
Virgencita rara de bronce
Y por vos,
¿Cuánto darán en una chatarrera?

Horario Nocturno

Las chicharras son el despertador de la luna
Ella duerme mucho de día
y no le alcanza para nada
Porque para dar de comer a las estrellas
le toca el turno de la noche.

En país de ciegos

*Los rencos son tuertos de los pies.
Fernando Durán Ayanegui.*

En país de ciegos el tuerto se tapa un ojo
No vaya a ser que por la semejanza
lo quieran encarcelar
En país de ciegos,
el tuerto es acusado de sordera
El que no tiene le dan para que lleve
El que lleva no tiene nada
Ojos que no ven, orejas
Palabras sordas que no percuten
en oídos necios que se voltean para no ver
En país de ciegos, el que pestañea pierde
y el que piensa inoportuna
No vaya a ser que por la doctrina
lo saquen de la culturalidad.
En país de ciegos,
hay tuertos que son mancos para ver,
para mirar el reloj y comerse el tiempo en rodajas.

Orejas que no ven, gafas para oír

Los ciegos tantean con su bastón
para ver si el mundo sigue ahí.
Tienen ojos, pero no ven
Tienen orejas, pero no oyen
Tienen nariz para tragar y boca para oler
En país de ciegos,
el renco vende bastones
tantea a los ciegos,
para ver si el mundo sigue ahí.
En país de ciegos,
no bastan tuertos si cierran los ojos para no escuchar.
Damos palos de ciego como silbidos para ordos,
palmaditas al hombro para los hijos de la miseria.

Niña de papel y tiza (Susanita)

Susanita intenta despertar a su madre
para que la lleve a la escuela.
En sacudidas balbucea un regaño
con voz de ginebra y tabaco,
un “no” innecesariamente largo.
tres kilómetros de sol y acera
Una lonchera percutida de princesas
Y un moño echo con una la liga
que le quitó al cilantro
¿Pequeñita cuando te pariste?
¿Quién te peina el cabello?
¿Quien te saca las liendres?
Niña de papel y tiza,
entre risas sale al recreo
Se arrecuesta a un poste poniendo sus manos
en la cara.
Acumulando números
para que sus amigas se vayan a esconder.
“98,99,100 no se vale perrito guardián”
De sus amigas escondidas muchas no aparecieron
Y a veces ella se recuerda
buscándolas en el pabellón.
Ahora sale del colegio,
décimo año

Le recoge todos los días en la salida un auto

Alguien que es menos
que hombre y no es su padre la aguarda
Un sweater colombiano
Un cabello largo olor a reciente queratina
¿Pequeña cuando te tomaron?
¿Qué Judas te vendió por 30 monedas?
¿Qué manos pasan hoy por tus rodillas?
Mujer de labial y falda,
entre taconazos sale a las luces.
Se arrecuesta en un poste
sin poner las manos en la cara.
Calculando números para terminar su turno.
Nadie sabe qué pasó con Susanita
Pero todos saben dónde encontrar a Susy.

Bishonen (muchacho con una espina)

Mirar a la belleza es mirar a la muerte
Directa e irreparablemente a sus cencas
Mírala, que la vanidad lleve la batuta
para que la hagas danzar.
Cruza la puerta
Luces negras y paredes de terciopelo rojo
Muerden sus labios,
sorben su licor con vistazos impúdicos
Cuidado con el tiempo que agrieta tu bello rostro
Ya no habrán regalos cuando llegue ese momento
Mirar a la adultez es mirar a la malicia
Trasquila tu mentón y mejillas
Nada de trajes oscuros de barón con paso de oficina.
Se niño, se mercancía, manufactura y producción
Un ídolo de porcelana
Movido por los eros

Movido por los Tánatos

Se busca efebo para destruir

Se busca efebo para “amar”

Mirar a la belleza es mirar a la muerte

Apuntas la vista narciso, a tu riachuelo

En el fondo de tus ojos se esconde Caronte.

No hay cama para tanta gente

Rebuscan los tachos con esmero,
negociando hallarse el uno en los otros.
Allanando el fondo del vertedero,
en susto aspiran la decepción de que si,
de que no.
¿Qué niebla vaporosa te hizo estimar encanto
en la falacia de caducos hombres?
Recoges los pedazos disgregados que Freud planteó
y precisas un campo
entre los distintos aparentes.
Pero aparentemente siguen ocurriendo
distintamente igual que los demás.
Náufragos,
en una barcaza de papel y cartón
Mar aquí
Mar allá
Y todos traen tijeras.
Tantos monos de latón palmotean fraseología,
paja sofista,
necedad que por necedad sigue siendo perverserante.
Cuando la luna se levanta,
los sapos repican y los hombres querrán aliviarse.
¿Qué noche empañada te hizo suponer nobleza
en las diabluras de obras sin autor?
Frustrado,
averiguas que no hay cabida ni estancia
para desdichados ni pusilánimes
No hay cama para tanta gente.

Nemo Ingenere

*Cuando te vi sabía que era cierto
Este temor de hallarme descubierto
Tú me desnudas con siete razones
Me abres el pecho siempre que me colmas
Pablo Milanés - Yolanda*

Mis pensamientos se van rodando
entre las llantas urbanas de algún auto
Un autobús
Una bicicleta tartamuda
de entrega a puerta
En alguna calle,
para sonrojo mío,
te hallaran
Y me colare como un gato triste
por el techado de una memoria transitoria
y fugaz de tu historia
Como una retrospectiva de muerte
que se hace echando a rodar la vida.
Rodando van en los anales,
suspiros somnolientos calentando mis brazos,
mi pecho
Suaves labios,
fríos de viento tibio de fin año.
Es mi recuerdo,
un paquete de entrega a puerta,
que deseablemente se perderá en la aduana de las palabras
Se anidarán en la garganta
y preferiblemente jamás han de ser notadas.
No diré en voz alta ningún guiño
de tu nombre o de tu notoriedad
Mi Lucía
Mi Beatriz

Mi Lucrecia
Mi Wendy
Volteare los ojos de tu silueta,
en los libros que te nombren,
como quien no queriendo
encuentra entre trazos a Waldo.
Guardo en los bolsillos
tus ojos rodeadores
Tus manos heladas
y tus labios cantores
Que ahora cantan de todo un poco
pero ya no hablan de mí.
Mis pensamientos son los de un hombre despoblado,
transitado urbano
Ciudadano de algún lugar
que deseablemente para vos no existió
Dentro de 20 años que no vinieron
o me he de robar transitar
por los márgenes de la vida
Y me colare sin percatarme,
como un fantasma,
como una aparición transitoria
rondando en tu memoria.

Estelí

¿Cuáles serán los sueños
que guardan las casitas de zinc con gypsun?
Doña tata sueña para Teresa
que estudie para defender sus derechos.
Teresa sueña estudiar música
Para que Tomás la oiga en el radio viejo de baterías
que ponen en el simulacro de sala de un intento de casa.
Tomás sueña con que su madre siga soñando
Soñando con su propio suelo
Con su propia cosecha sin pasar por el terrateniente
Mientras el sueña con una pistola
Capaz sueñe con morirse
Sin percatarse que doña tata sueña una vida larga
para ellos sin una gota de tristeza
Sueña con encontrar el cuerpo de su hijo,
el mayor,
Caído en la lucha para derrocar a Somoza
y darle santa sepultura.
Sueña con que solo este desaparecido,
para que el regrese y nos cuente sus sueños
De seguro han de ser un país sin rifles ni explosivos,
un país feliz sin minas que maten a traición.

Mea Culpa

En mi primera confesión el padre
Nacho no escuchó mis pecados
Solo me dio la absolución
y me dijo que era un niño bueno.
Me pregunto si el padre
Nacho aún pensaría lo mismo de un hombre
con un intento de homicidio
Con el tiempo le encontramos el gustillo al mal
Primero aplastamos una hormiga
Exprimimos una pulga
Matamos de un flechazo a una paloma
Para luego romperle la cabeza a un bully con una piedra.
Nos hacemos francotiradores de las palabras y los modos,
aprendemos como romper espíritus
Todos somos homicidas.
Nuestra culpa
Nuestra culpa
Nuestra conjunta y grande culpa
He matado mucho de palabra
Sepultado niños hambrientos en la fosa común
con la omisión de un litro de leche.
En mi última confesión
el cura se sorprendió de mis pecados
Pensó dos veces darme la absolución
y me dijo que en penitencia
acudiera a la comisaría más cercana.

¡Guau Guau!

1

No pienso todavía que deba contraer casamiento
Constantemente me enseñaron a prevenir el achaque,
la molestia
Prender una vela para no caminar en confusión
No pienso nunca, que contraer algo sea buena idea.

2

El enrumbe del metal llega a oxidar el alma
Escójase mejor la costra,
que de la piel se hace cascara.

3

Que mi espíritu no busque tutores complacientes,
que doctrinan y suponen Teorizan y especulan,
pero no hurgan las piedras
por una enterrada verdad
Se haga pues la mía,
la pobreza autodidacta
Maestra que me obliga a actuar
chocando miradas con la muerte.

4

El mejor momento para cenar seria:
Para un burgués cualquier momento
Para un pobre, antes que recojan las bolsas de basura.

5

Afanarse por fama crea mala reputación
Mejor que hablen de una vista amplia y vivaz
Que se llenen sus bocas de ojos
que buscan el sueño de un hombre despierto.
Y si no se llenan:

Que al menos se aparten para no estorbar ver al sol

6

A un dedo de estar loco,
quisiera dejar de ser adulto
Y ser solo un pollo
desplumado correteando.

Stanley Marsh

Envejezco por periodos donde el cinismo es una incitación
La esencia de la flora ahora me produce alergias
Se vuelve fastidioso su aroma de tan ubicuo.
Encanecer siempre fue un riesgo
Jugar las cartas por un mejor futuro
o un desenlace calamitoso
Develar la peor mano y perder apostando
el futuro asegurado,
y la vergüenza de que entiendan
que uno sabe llorar
Mis camaradas me dan un distintivo de sujeto
plagado e infeccioso
Los observo en apariencia atentos,
pero el embarazoso reposo de elocuencia
en el aire se puede palpar.
Se desvían como abeja que ha terminado
de polinizar una flor
Como mendigante de boulevard
que ha recibido a la mano una calderilla
y ve su trámite como terminado.
Las personas progresamos o lo simulamos
Somos alterables y mutantes
Lo único estable es el cambio,
como nos va pesando en nuestra espalda y nuestra piel
Como caudales que se escurren por las líneas
que surcaron los años mientras
con la parca jugamos ajedrez.
Los tiempos nos hacen audaces a medida
que al tanto saber podemos ser miserables,
detestables infelices.
He tenido espanto de cambiar
De avinagrarme en un cínico, jactancioso y cascarrabias
Mas el azar está echado

Lo escrito, escrito está junto la amenaza
de que todo sepa,
se considere
y vea como suciedad.
El cinismo siempre es carnada y señuelo
Unas gafas
para ver mierda en todo.

Sombras

Sombras somos
Parte de una gran sombra enorme
la cual llamamos avenida
Avenidas que al fundirse crean la oscuridad
La cual llamamos ciudad
Nadie nos conoce
Nadie nos aguarda
Imaginemos por un momento una sombra
sin persona
Pensemos una figura
sin nombre
Sombras de nosotros mismos
somos de noche
Juntos formamos
una penumbra ubicua
La cual llamamos soledad
Somos tanto abandono,
tanta tiniebla junta
que no existimos
Solo existe la calle
La avenida La ciudad
Y la oscuridad
deja de ser sombra
Solo para ser más oscuridad.

Conoce chepe

*Que insignificante soy aquí.
Un punto en la inmensidad.
Y tan lejos de casa
José Capmany*

Miles de hormigas pasan en largas filas
bajo las sombrillas del boulevard
Buscan perderse en el confín de la avenida
donde la vista no me alcanza
Me hiciste rencoroso con los adoquines, ¿sabés?
Pero vuelvo a andar la calzada
donde me perdí de niño
para nadar en piscinas de ropa americana.
Veo con ojo crítico
el método y la destreza de los carteristas,
los rompe vidrios
y la atlética de los vendedores ambulantes
haciendo 100 metros con bolsa.
Esquivo volanteros y vendedores de dulces,
que se perdieron la oportunidad
de ser negociadores
en el secuestro de una ciudad
que pertenece a todos pero nadie quiere
Una con olor a aceite de freidora,
de cerveza añeja cantina y orinal
de taxista e indigente
Con pisadas de pies manchados de alquitrán,
callejuelas con cascara de mandarina,
alfombrados por cartón húmedo
de algo que es preferible no saber.
Pateos bodoques,
envoltorios de galleta y cartones tetrabrik
abriéndome camino al final del paseo

donde los ojos no me registran.
Empieza la competencia de trotar
sin parecerlo contra un atracador
Me pierdo entre las caras y las cadenas de chancero:
“cero uno para hoy para hoy, hoy se juega”
Hoy se juega la vida en este reino,
isla de costra
Que la mantienen viva en la penumbra
los hombres náufragos
que se quitan los zapatos ante de dormir
Jugando naipe,
dormidos apuestan la sueta de “Hello kitty”
o unos zapatos “Nike”
perdidos y de talla impar.
A las 11 de la noche empieza a oler a infierno,
Monotriste murió y nadie me acompaña a la parada
Tan solo una teja o un pan con mortadela
era la tarifa del escuálido guardaespaldas
Las luces neón se mezclan con los destellos de una patrulla
Me saluda un policía con ganas de ver
si tengo un puro o una punta de talco
Mientras me requisan, ¡nada!
se escapa el bus, escurriéndose rechiflero
con actitud bufona me extravió
en el filo del Borbón
donde bajo la luna
no hay ninguna virgen
a la cual dedicarle una cala blanca.

Quería poner un título

al estilo de Lina Wermüller como

“Esperemos que me las arregle”

o

“Amor y anarquía”

pero al final no le puse título

Una vez mentí diciendo

que era poeta

¡pucha!

Todo mundo

—me creyó—

Uruca (miedo a divisar figuras)

Las últimas veces estas,
que abordo esté bus.
Me pongo a pensar si te he dejado de amar
o simplemente te amo un poco,
creo que si no te amara
no pensaría esto siemprememente.
Me asusta la posibilidad
No sé cómo se ve tu cara
Ni sé ahora el color de tu pelo
¿Qué mancha nueva has de tener?
¿Qué nueva cicatriz te dibujasen?
Vivo enojado,
pero esperando que estés bien
Nulo en la esperanza de vernos y hablarnos.
Gastar una botella
y luego decirnos el adiós
que nadie dijo.
Y pedirte luego que no salgas a comprar
el pan a la misma hora.
Que dejes pasar 2 buses porque en uno vengo yo
Rogarte que no compres en el súper
un martes a las 2 de la tarde,
porque pienso a esa hora comprar el comestible.
Prender dos velas en mí lecho
Murmurar a escondidas por mí un rezo
Y esperar un día a que sea un muerto
Y en mí memoria soltar un secreto pequeño sollozo.
Nosotros
Ahora que estamos más cerca
Es cuando más lejanos estamos.
Cuando más apartados debemos estar
Y así es como se tuvo que dar,
la vida es caprichosa moviéndonos

cual hojas de árboles talados destinados a compostar.
Ya no somos los mismos
se escribieron otros destinos
y nuevas vidas vivirán.
Estas primeras veces que abordo esté bus
Me pongo a pensar
si te he dejado de amar
o simplemente
te amo un poco,
creo que si no te viera
ayudaría la duda,
que es menos aterradora
que la posibilidad.

Al sur (Canción de amor para Hatillo 6)

*“She says,
Hey, babe Take a walk on the wild side”
Said, Hey, honey
Take a walk on the wild side”
Lou Reed - Walk on the Wild Side*

6 norte, alameda 10, casa 11
Donde nació la alarma era un “buenos días”
de Juan Chepe a las 6 en el 7.
También la alarma era “huevo fresco huevo grande”.
Ducharme, comer, vestirme, kilómetro y medio bajo el sol,
5 horas de colegio y luego al comedor.
Tocar timbres, correr, jugar con Esteban, Jorge y Mario.
Pelear con ellos, bicicleta y patines, girar la bola y balines.
Ver a Dilan crecer, tirar piedras,
partir a patadas un portón porque el viejo le pegó a un niño.
Lucha libre, Undertaker, John Cena, Hardys y misterio.
Disloques, chillones y mordidas de perro.
Debo que ser sincero
De todo lo que deje en la casa 11 algo aún quiero.
De todo eso no tan bonito a veces el día no era tan feo.
Pero habían días de ira y enojo,
donde se prendía en fuego la casa tintineando 22 90 35 08.
Días corriendo por alamedas,
de piedras en los codos y las piernas.
De casquillos en la acera y puñal en las costillas.
Días de ver a mis amigos acribillados
El parque podrido en pedazos.
Quebrar narices, romper cabezas,
sobrevivir en la jungla de cloacas abiertas
y vecinas chismosas.
Olor a mota, charbasca de morada,
horneado como pancito de canela.

¡Rezar los rezos, marearme con rompopo,
subir a la periférica,
irnos a pie a jugar a la sabana,
escuchar Don Omar, Wisin y Yandel,
la plancha de mami con su campana en la taza y tres de azúcar.
Ir a la alameda de Capmany,
tomar aire después de evitar el asalto y la estocada.
Just remember honey bunny,
Born in hatillo 6.
En esta jungla no hay tarzán que resuelva nada.

Alber Gazú (Cuidador)

*Mientras el sol, la luna y la tierra existan..
todo estará bien.
Neon Genesis Evangelion - Yui Ikari*

Nos vino del cielo al igual que los 17 ángeles
Se nos dio como un genio extraterrestre
proveniente de Zetox colándose
por los portales dimensionales

Tiene el poder de hacer vibrar el grafito y las tintas
Hace salir a los héroes de las viñetas
y encarnarse en nuestras túnicas de hombre mortal

Portador del libro de la muerte,
que con dos líneas de hechizo convoca a las figuras a la vida
Guardián silente y reservado,
un Uatu sereno que miró a Cayasso
y Jara ser bólicos en la cancha
Miró la llegada de una diosa
y la creación de un nuevo mundo

Vigilante, testigo, cuidador
Nos levanta de lecho desafado del común ajetreo,
nos hace el inspirarnos más llevadero y menos difícil
Es la vos que necesitamos,
pero no la que merecemos,
un caballero de bruma olor a petricor

Muchas veces olvidado, excluido
Él sabe que el cuidador duerme poco,
que estar alerta contra el perecimiento desgasta
Demanda luchar contra monstruos convirtiéndose en uno,
pero aprovecha la casualidad

para enseñarnos como se ve la entereza
y recordarnos que huele a tierra mojada
y madera de casa familiar.

Sin horario
Sin descanso
Sin cese ni tregua
Vigila y cuida a todos desde
las torres altas de las letras,
desde la cúspide de libros sobre el anaquel

Pero si el cuida de todos...
¿Quién le ha de cuidar al él?

Dinosaurio Crepé

Mi dinosaurio de crepé
Con su carcasa de maché
De cartulina y cola sus uniones.

Dos patas en el suelo
Dos más hacia el cielo,
sin poder lograrlo
Su hocico lo impele a seguir adelante
en un camino recto

Juega sin querer un juego de va y ven
Se aproximan manotazos hacia su boca,
sin poder lograrlo
Previene a los incautos
mostrando sus colmillos

Mi dinosaurio de crepé
Con gala vistiendo sus pliegucillos verdes
De botones locos son sus ojos juguetones

La barriga toca casi el piso
Su cola apunta a la vista del pasado
Sus rugidos seguidos de un vaho de confeti

Mi dinosaurio de crepé
Se mueve en agitación de cascabeles
Imagina que del bazar es el rey,
de los monigotes el máximo monarca
El garrote no le previene
de que es solo una piñata.

2ª Mención Honorífica

Julián González Betancur

Ejercicio de poesía

Letra

A qué le debe el león la ferocidad de sus fauces
sino al colmillo.

Por eso bebe y come antes el colmillo que el león.
Son más temidos juntos que por separado.

Dónde está la imperiosa autoridad del león
sino en el volumen de su melena.
En su melena, cada pelo es pilar
que soporta la carga de la violencia extrema,
el peso del depredador que da muerte en la sabana.

Qué trazos finos son los de su melena,
que lo asemejan al sol,
y qué radios agudos y penetrantes los del sol
que lo conciben en su idea.

Cómo es diferente el sol al fuego
si los une la melena del león,
cómo es diferente el león al fuego y al sol
si los tres esperan a que pase el día,
y asestan primero con los colmillos antes de tragar.

Qué hermético es el silencio
del león que espera su presa,
del sol que pasa por el día,
del fuego devorador.
Esos gritos que se escuchan no son sus gritos,
los crujidos no son sus crujidos,
ni los pasos son sus pasos, son,
si no, de sus presas.

Qué misteriosas imágenes encontraron en el fuego
las pitonisas, los adivinos y los poetas.

El fuego, Agíado Leónidas de oro,
emperador en el reino del silencio,
su melena y su colmillo son mudos y son uno mismo.
Le llamen los pueblos con consonante muda,
y se construyan con ella las historias de su paso silencioso
por el gemir de la tierra.

Sílaba

La selva húmeda del trópico es incapaz del silencio,
está embebida en un plano de inagotable sonido,
una selva en otra selva.

Una amalgama de colores vivos que no conocen la noche,
que le han robado su brillo a las ranas
y su camuflaje a los saltamontes.

El anónimo canto del Nictibio
y el orgulloso canto del colilargo,
anuncian, mejor que el sol, la tarde y la madrugada,
como si fueran los tics y los tacs de un tiempo vivo,
como el tic-tac, tic-tac de las gotas de lluvia
sobre la tensa membrana de las hojas verdes.

La hojarasca cruje cuando caen los frutos del roble,
cuando pasa el indio y cuando pasa el jaguar.
Una lengua desconocida se habla en los pasos del jaguar
y en los pasos de la danta,
un diálogo sin pausa, elocuente durante el día
y preciso durante la noche.
Una lengua articula entre ramas y hojarasca,
chasquea en el suelo húmedo de la selva.
Una lengua de oscuros monosílabos.

En la selva, “Sol” es un vocablo sagrado,
tan sagrado como su ausencia,
y su sonido es el de la sílaba incomprensible de lo vivo.

La selva húmeda del trópico trasciende en el eco,
rito minimalista del recuerdo
escrito en el cóncavo estéril de las rocas,
hogar del indio,
donde está destinado a morar el aselvático silencio.

Palabra

La cabeza sola de un buey,
con sus cuernos gastados y los ojos grises,
es el padre de un pueblo.
El arco de madera y la sangre herida
por su flecha, son indistinguibles.
Una fina balanza de marfil tiene juicio sobre ellas
y las juzga equivalentes, dicta
en su juicio cosmopolita, que son sinónimos.

La balanza de marfil juzgó su propio nombre.
Le llamaron Sinónimo,
y fue nombre que equiparara todas las lenguas,
y sobre ella se tallaron todas las historias en una misma.

Indiferentes son las aristas de la pirámide
de piedra blanca, igual de pesada una sobre otra.
La estabilidad de su cima coronada con un altar;
un altar de sangre sobre piedra blanca,
en el que toda la sangre es una misma
y todos los indios son sinónimos.

Un suelo fértil, con su corona de altar de piedra enrojecida,
está en inmutable equilibrio con su vasto cielo,
con columnas en altar de piedra
y cuatro aristas intangibles de marfil.

Un corazón late tibio es una pluma sola,
una pluma sola es lluvia que llena ríos y el río es cultivo de maíz.
Un arrebató natural es el recelo de un dios maya.
Hay igualdad en el sacrificio,
como balance en una aguja
que sostiene los mares desde sus esquinas,
en el nombre de los puntos cardinales.
Cualquier nombre es sinónimo de sacrificio sobre la balanza de marfil.

Verso

El sanguinario paso de un soldado a la cima de la montaña,
tan similar al paso de cien soldados a la batalla.
En la cima hay un dios que mueve la mirada
y en el campo, el mismo dios, se alimenta de la guerra.

Un verso es el presagio de un dios escondido,
tatuado sobre un huevo blanco.
Su nido es una cumbre de roca caliza,
con puntas de lanza y filos de obsidiana.
La cumbre es un deseo de un chamán adivino.
Un verso de tinta indeleble de sacrificio.

El indio es de maíz y agua del río
como el huevo es de sangre en guerra.
Un presagio escrito en una lengua extranjera
es el futuro dios de un pueblo analfabeta.

Qué inalcanzable es el huevo
que incuba en la cima de la montaña,
como el huevo de un dios, que espera a otro dios sin nombre,
incuba con el calor de los gritos de guerra.
Su agua es la sangre tibia en los campos de maíz,
su maíz es el maíz que es la piel del indio.

El guerrero sube la montaña,
deseo en roca azotado por tres tiempos.
La serpiente sube la montaña, pero ningún dios la mira.
Es justo que muera el guerrero atravesado por rocas de lanza,
en la cima crece un dios indefenso.
Es preciso que la serpiente alcance la gracia del sol,
ponga su huevo, que nace con un verso escrito,
salte al vacío con las alas abiertas y vuele serpenteando el cielo.

Un dios es de plumas sanguinarias y de colmillos en silencio,
no hay dios que mire a un dios subir una montaña.
Vuela sobre las guerras. Su maíz es la carne bajo la tormenta.
Un presagio de un dios es un verso sobre la guerra.

Estrofa

I

La razón, cristal apenas maculado,
ventanal en lo alto de una torre o lupa cautelosa,
trisquel con sus vértices compactos en una estrofa.

Debe vivir la razón en el plano huracanado de la percepción,
la ciencia detrás de su furia es preclara,
la sencillez de una tormenta tan real y tan ficticia.

Todo lo real tiene en sus trazos la ficción,
el límite eternamente delgado, mínimo,
el borde racional que lo define.

La ficción se reduce al absurdo particular,
lo real es angular en el invento.
Fractal de ficción, realidad y razón.

II.

Un tordo aterriza en el pasto, busca alimento,
su imagen atraviesa la ventana y lo hace real.
Herencia del sol después de la lluvia.

Hay una ficción oculta en los ojos del tordo,
hay una ficción que repite las gotas de llovizna.
Un secreto de invención.

Por qué ha de bajar el tordo al pasto
como bajan las gotas de lluvia,
Por qué se deshace la lluvia sobre sus plumas pardas.

Una ficción imposible los une y los separa,
un silogismo matemático,
una ciencia indiferente a las aves e indiferente a las aguas.

Siguen una ley inmaterial,
más una imagen que rompe la ficción,
que el dominio insuficiente de la palabra.

La idea es seno de leyes ficticias,
es estrofa tangible de mundo en el mismo mundo,
la sensación de haber leído sobre un ave que de seguro existe.

III

En un pueblo bárbaro nació la clarividencia
entre los sabios que vieron en todos los filos el mismo filo.
Todas las dagas de la guerra son un mismo hierro

Al menos un hombre ha de sobrevivir a la batalla
y así sus ojos enrojecidos y su oído lejano
harán real un pueblo eviscerado sobre el pasto.

Una guerra sin testigos es ficticia,
el olor de la violencia, el silencio de la sangre,
la hipótesis de un hombre casi vivo.

Trisquel de clara metafísica.
Los tres ejes del mundo son miscibles en el ojo testigo.
Dios existe en el ojo único del tordo cuando lo ve.

Orden

I

La inmensidad de mundo que cabe en un instante de tu mirada,
es más de lo que podrás recordar en toda tu vida.
La vasta diversidad de escalas singulares
es una composición de infinitos mundos en una imagen.
Tu memoria de hombre es incapaz de la mínima grandeza
y resguarda solo al león, a la serpiente,
a un jaguar tan felino como el sol.

Seis pares de ojos que no miran a un hombre,
sino a las columnas que soportan todos los templos como uno solo.
Un juego de interminables columnas gemelas
en el orden de quien ofrece su vida en adorar.
El ojo singular de un dios singular indiferente,
un dios animal que guarda el inmenso secreto de su voluntad.

II

Atender y recibir son apenas actos de misericordia.
Toda ofrenda son dos ofrendas subyugadas,
una a las manos que dan y otra a las manos que reciben.
El cielo entero descansa sobre columnas robustas
que reciben la gracia de un cielo que elige dónde reposar.

Una vida entregada por causa ajena no es trigo ni plata
sino un ídolo de oro en cuenco de barro,
igual son cien y uno solo.
En la batalla, el cabo ve a la muerte atravesar a sus hombres
y siente la desesperación del fratricida,
mientras el general es padre de sangre ausente.
La ofrenda de vida en la guerra no es moneda para los pobres
que calme el fuego de sus hambres,
sino regio sustento para el que posee,
que come y bebe de una carne y una sangre ajena.

III

Todos los ejes de tu vida rotan en un instante,
la mirada de un dios desatendido,
y nada de tu vida recuerdas porque no hay aquello que recordar.
Eres el sacrificio ajeno a una voluntad
de magnitud imposible, que no cabe en el orden de tu mirada.

Título

Pangán y Acatenango son un valle y un volcán.
Si un río los atraviesa, este río necesita un nombre.
Un dios no puede ser herido por un filo anónimo
ni pueden enfrentarse dos pueblos en tierra de nadie.

Sea una muralla altísima o un cuchillo de barro,
cómo confundir con dioses a Pangán y a Acatenango
si los somete otra cosa distinta de un dios:
La lengua de un río que repite sin palabras.

Acatenango tiene un nombre
y Acatenango fue palabra que hizo un volcán a su semejanza.
Se repitió ¡Acatenango! y fue tierra cercana al cielo,
sembrada de maíz, iracunda.

Fue primero el camino que atraviesa el valle,
después fue su nombre
o quizá sus quiebres y direcciones fueron premoniciones
y no existe tal camino con otro nombre,
como no existe el río Tecpa sin herir a dos dioses.

Qué ondulado es el filo del Tecpa,
un cuchillo de tiempo y agua turbia.
Alguna vez su nombre fue sangre enemiga,
hijo mayor de la obsidiana y el pedernal.

Si Dios tiene nombre ¿Es dios si nadie lo invoca?
Un dios con nombre es Dios entre deidades anónimas
y sus glorias son la reiteración de sus vocablos,
la expresión divina que iguala al ser con la palabra.

Un creador innombrable
solo tiene fieles en quienes erigen el templo
cuyas paredes y columnas recuerdan un nombre.
El eco privado en el seno de su altar.

Un pescador en el río que atraviesa al Pangán
escribe un poema sin título,
que no hereda el nombre de su escritor, ni del río.
No hereda del valle ni del volcán.

Un poema sin título hereda de sus propios nombres,
es una obra con quiebres y direcciones,
es el eco de sus fieles que definen el camino.
Parte pescador, parte río, parte pez.

Solo puede invocarse aquello que es obra o que puede obrar
pero Pangán, Acatenango y Tecpa no tienen templos,
no son obra ni obrador.
¿Puede algo en el mundo tener un nombre legítimo?

Epígrafe

La selva del trópico es el avatar de uróboros,
caníbal y eterna.
Su suelo es de hojas muertas y fermento de animales.

Todas las tierras serán selva del trópico.
No habrá ni pradera ni páramo.
No hay hombre que la enfrente en guerra.

En ella se erige la ciudad de oro,
de metal gris y fértil.
La ciudad del trópico se levanta sobre la selva

como el jaguar que aprieta el cuello de su presa.
La sangre en el suelo es sangre conjunta
de la hojarasca y del jaguar y del zaino.

El rocío moreno del Sahara calma la sed nacida en los ríos,
alimento y agua de otro pueblo,
como la tormenta y como el huracán,
obsequios del mar a la tierra.

La selva tiene cuerpo de carne ajena, de lejanos,
como los versos de revolución.
El trópico fue inspirado por el desierto,

creció reptando las cortezas,
desafiando a las aves.
Es más alta la copa del higuerón que el mismo cielo.

La selva es un poeta violento del trópico,
se niega a delegar sus principios a su sustento.
No debe cargar ni desierto ni río ni suelo con la razón

de sus versos, hijos de extranjeros.
Cansa primero el barro que la nutre,
antes de darle forma de higuieron o de felino.

Primero es substrato y luego concepto.
A su naturaleza la precede otra que es de ave
y busca anidar en el alto seguro de los cielos,

fuera de las manos del indio, al alcance de las manos de dios.
Pero el indio tuvo tinta en las manos al tocar el bosque
y así escribió una selva que no fue su hogar.

Qué generoso es el concepto con la práctica
al llamar poema al letargo del hombre civil,
incapaz de ver en el Sahara el epígrafe de la selva.

3ª Mención Honorífica

Arturo Navarro Solano

País interior

Siete sentencias de mi Patria

Primero, el aguacero de calor desde el sol,
mi camisa de ropa americana
sobresaltada en mi pecho;
San José como mundo que se abre.

A mis veinte años
le escribo poemas a los pájaros
que esquivan pisadas furiosas.

Padezco el desempleo y la esperanza:
el futuro es un puñado de personas
donde naufrago.

Un segundo transcurre en mi infancia,
un bar es una puerta que abre mundos,
una mesera con su falda
atada a mis años,
quizás mi último día como un niño.

Un hombre lee mi futuro
entre tragos y las líneas de mi mano.
Guanacaste me regresa a ese instante.

Tercero, porque ya alguien albergaba
sus ojos de aguacero,
porque la amé cuando llovía
porque yo tenía veinte años.
Llegué tarde y eso que era joven,
llegué tarde y apenas yo nacía.
Un día besé su alma
en el Monte de la Cruz.
Heredia y su fantasma
ya no me albergan.

Cuarto: con una ventana
hacia el mar que me enmudece.
Un amigo es un amor transfigurado.
No me importa el calipso
la mariguana
o las horas distantes;
solo recordar mi adolescencia.
Un amigo es un testigo del invierno
un verano en Limón para el olvido.

Quinto, encarar al sol,
regresar al viento marino,
tantos familiares que se han ido.

Los paseos al Puerto,
mi niñez acurrucada en el calor.
Lo siento tanto por mis años
envejecidos como conchas
arrancadas del mar.

Sexto: volver a las Ruinas,
recorrer la adolescencia
que es metrópoli perdida.
Aquí nacieron mis amigos,
olvidé mis amores
y los anhelos son juicios en el tiempo
que me hacen volver al corazón.
Solo existen guirnaldas azules
que descuelgan los pájaros.

Sétimo: el día de mi vuelo
salté como un verso sobre el mundo.
Descosí las fronteras
hasta arrancar mis raíces,
pero volví.

Alajuela fue el testigo
de la nostalgia
que recorre estas ciudades
y mis venas.
Porque vago por mi tierra,
porque no tengo tierra,
en esta cicatriz, que es para mí
el lugar donde nací.

Chepecentro

Un ave sobrevuela y se zambulle
en los charcos de San José.

Los autobuses combustionan,
fragmentan el sonido
y mi alma.

Los basureros:
perros apenas delineados
componen el espacio
cotidianamente lejano.

Quizás en algún punto en este rito
en que he perdido toda brújula,
me he encontrado extrañamente conmigo.

Donde si todo es tan lejano,
las estatuas de los héroes
carcomidas por palomas,
las personas arrojadas a las calles.

¿Por qué siento en este instante
ser uno en esta memoria del presente,
en el punto absurdo de la historia,
en esta patria que aún no despierta?

No logro comprender, si esta tierra
me pertenece, le pertenezco,
en este ejército de la paz y el cansancio,
en la monotonía de esta lucha,
si es mío al fin
este afán de construir
hogares diminutos a lo lejos.

¿Y yo qué hago acá, amándolo todo
con ganas de luchar? ¿Y contra qué?
Si cada casa es fabricada
en esta selva de semáforos y tránsito
o si las casas modestas descansan
en la noche del paisaje,
como mi patria.

Lejanía

Me encontré en esta lejanía
en Bogotá.
Tenían los señores una tristeza
parecida al cansancio
de mi papá
a quien hace años no veía.

Me vine a buscar
a una muchacha de Cartago
que tiene el aguacero,
la guaria morada
y todo lo que es fértil
en la mirada.
Pero acá no estaba.

No estaba mi madre
cosiendo las horas.
No estaban mis poemas
arrojados en las calles.
No estaban mis amigos
ni mis sombras.

Acá no está mi corazón,
ni la patria soñada por Debravo,
ni Fidel invocando la lluvia,
ni Urbina presagiando
un Cristo Negro.

Acá no me dan ganas
de que me habiten los pájaros.
Vine a buscarme
en esta lejanía,
en Bogotá

y pude hallarme
en este vestigio de país
que llevo dentro.

Balada de la caña

Trapiche capataz
trapiche tierna madre
que abraza, que aprieta,
no sabés si está dormida
o si aún no ha nacido,

cuando tenga mi casita
sembraré mis piernas como raíces
y prometo arrullarte
—trapiche generoso y desposeído—
caña dulce a veces amarga;

blanca y pura descansa la historia
de los indígenas masacrados por la conquista,
de los campesinos ultrajados por el progreso;
te defiendo, te quiero y te adoro
aunque estés dormida
aunque aún no hayás nacido,

cuando tenga mi casita
prometo no llorar.

Patriótica Paisaje Interior

*Yo vivo en un país sin ejército
Cada quién lleva su guerra por dentro*

Primer acto:

Tío Sam se disfraza de William Walker
los filibusteros visten de traje entero,
mueven sus peones en Wall Street
y comienza el destino manifiesto corporativo;
y es cuando uno se pregunta
¿adónde carajo se metió Juanito Mora?
Y no podemos quemar el mesón
porque ardería el mundo entero.

Entonces comienza un éxodo más violento y canalla:
Carmen Lyra, Calufa, Joaquín Gutiérrez,
todos exiliados en la carne y el espíritu,
y me da pánico que nos durmamos en este sueño americano
y sea este un sueño más letal que la muerte,
porque si ves un bosque consumido en un incendio
en realidad el bosque permanece y vos ardés,
si asesinan un ambientalista en nuestra patria,
muere la patria y el ambientalista permanece.

Si crece el empleo en la ciudad,
nos apretujamos todos en un vagón capitalino
y a pesar de tanta historia
si mirás en un tren josefino
lo encontrarás cargado con desempleo,
con fincas y playas despropiadas,
con salarios embargados,
con guerra y más guerra.

La Virgen del Maíz

¿Qué te ha pasado, mi pequeña señora,
que ya olvidaste el lenguaje del cabécar y el bribrí,
se te olvidó cómo lloraba la montaña
cómo cantaba el viento y el vuelo del colibrí?

Anhelo tanto que Dios vuelva a ser de Maíz
y no este dios catedral, granito y transnacional,
no este dios de crédito y débito,
por favor, sacudite los ángeles de yeso:
vos sos la Virgen de la pampa,
de la yunta, del tiquizque,
vos sos la Virgen del Maíz
y a mí también me han mentido,
sigo aturdido frente al televisor
practicando mi acento americano
y mi casa también es una catedral
de portones anchos.

¡Ay, Virgencita!, nos han mentido,
incluso mi nombre realmente no es mío,
mi verdadero nombre es Garrobito
y soy un indígena de la tierra
del cacique Churuca,
y me conmueve la lluvia,
el olor a guayaba
y las historias que cuentan los árboles.

Tatica Dios, Sibú de la montaña,
aquí me siento tan vacío,
en esta ciudad nadie se mira
ni saben adónde ir.

Virgencita del Maíz, salí de tu catedral,
volvé a tu piedra primitiva
y vení conmigo.

Es que nos han mentido
y no sé qué hacer.

Rebelión

Garrobito: Le llamarán Latinoamérica,
le conocían como el dios-hombre,
la barba blanca,
sandalias de bambú
y un rayo en la mano.

Presbere: Éramos sombras buscando
dónde esconderse...

Garrobito: Seguimos el camino del Jaguar
con el costado herido,
el grito del volcán
y los vientres de maíz
sangrando en la playa.

Presbere: Éramos sombras buscando
dónde esconderse...

Garrobito: Seguimos siendo
los mismos rostros,
el fuego ardiendo en las entrañas.
Con el corazón en las manos
estamos de pie
de espaldas al mar.

Presbere: Éramos sombras buscando
dónde esconderse...

Un aula costarricense

Una madrugada de marzo,
el señor Rodríguez entró a mi cuarto,
me encontró los dientes en la almohada,
encontró desangrada mi nostalgia.

Lo hicieron por que soy sensible
y porque también soy un hombre.

Lo hicieron quizás
porque no juego fútbol,
porque nunca fui a un prostíbulo,
porque soy gay,
porque fui violado
o simplemente
porque soy tímido.

Me tumbaron los dientes
o quizás solo me tumbaron el alma.

El Señor Rodríguez no para de llorar
en las esquinas de las plazas.

Yo no quería saltar en el tren,
te lo juro por Dios
que yo no quería saltar.
¿Sabés que es el infierno, Sebastián?

Una madrugada de marzo
un miedo me sobresalta
empapado en sudor,
pero era verdad:
ya habías saltado.

Lo siento, perdoname,
Lo siento tanto.

¿Sabés qué es el infierno, Sebastián?

Un aula costarricense.

Resignación

Las voces del secuestro,
el grito de las vidas arrancadas de golpe,
harán eco en los rincones de este mundo,
porque en mi casa sopla un aire que apacigua mi existencia,
y sí, soy feliz, en este mundo donde violan y torturan;
en este momento cuántas personas no desesperan
y en este instante soy feliz, me siento pleno.

¿Es que acaso el ensueño
ya no me deja escuchar sus voces?
¿Acaso me desconecté
del cordón umbilical de este mundo?
¿Qué debo hacer?
¿Debo luchar? ¿Debo salir?
¿Qué debo hacer?

A veces me permito ser feliz, como hoy
me pregunto si eso ayuda
a mejorar este mundo,
a sanar la humanidad de quienes sufren
en mi propia humanidad,
y en este rincón de mi patria y de mi hogar
vive un ser humano que se siente seguro y digno.

Intento escuchar esas voces, pero el viento
no trae su murmullo y me salva,
aunque nada hice para merecer esta paz
y nada hicieron los que reciben el dolor,
todos nacimos y contemplamos el mismo sol
pero la noticia de estar vivo es tan distinta
y soy feliz, no sé si es mi deber
o mi resignación, soy feliz
porque así debería ser la humanidad en mi utopía.

Desde mi patio, la humanidad sigue valiendo la pena.
Desde mi patria, la humanidad sigue valiendo la pena,
y un día como hoy, me permito ser feliz
me pregunto si eso ayuda
a mejorar este mundo.

Tu jaula

Libertad de quien busca el amor en un prostíbulo.

Libertad de quien deja a su padre en un asilo.

Libertad del drogadicto que buscando una dosis encuentra la foto de sus nueve años.

Libertad de quien se refugia en su trabajo para anestesiar su soledad.

Libertad del ama de casa llorando desconsolada en la sala.

Libertad del joven que escapa de casa sin decir una palabra.

Libertad de quien ama en silencio.

Libertad de quien pierde la fe.

Libertad de quien espera.

Libertad humillada.

Libertad añorada.

Libertad próxima al olvido.

El ser humano busca su libertad en una jaula.

Simbiosis

La guerra retumba en mis raíces,
se desgarra en un grito
a veces aborigen,
a veces colonizador
y no sé si soy
un Cristo cabécar o un sukia.

Mis ancestros luchan en mi carne
y yo no quiero luchar.

Claman justicia
pero yo anhelo un poco de paz
en mis ojos pardos, mestizos y cansados.

Mi verso lo dejo aborigen
libre de Colón, mulato.

Dejenme rezarle a Subú
en mi choza cubierta de sùrtuba.

Que me recuerden los borrachos,
que me olviden mis amigos,
que me recuerden las putas,
que me dejen morir debajo de un palo,
que me siembren junto a otra semilla
para volver y no estar tan solo,
que me besen y, si no me besan,
que me muerdan y, si no me muerden,
que me amen y, si no me aman,
que me olviden y, si alguien me recuerda,
tal vez regrese. Pero eso sí,
que me siembren junto a otra semilla
para volver y no estar tan solo.

Esferas de piedra

Aquí yacen mundos herméticos
de piedra indígena,
quizás óvulos
que no fecundó la historia,
quizás fecundos
los abortó el progreso.

Pero los árboles cuentan historias:
luego de la masacre colonial
los ancestros indígenas se escondieron
dentro de las esferas.
Ellos supieron construir
mundos en miniatura,
mundos donde puede habitar
el mundo entero.

Llegará la revolución.
Sibú caminará entre los mortales.
Los grillos cantarán más fuerte que las máquinas.
El maíz crecerá más alto
que la soja transgénica.
Surgirán chamanes,
santos precolombinos.

Un gemido cósmico,
el dios Maíz está aquí,
eso me lo dijeron los árboles,
lo murmura el viento,
lo grita la montaña.

Orosi

La cascada brama
entre un olor a bejucos,
siento las ramas quebrarse en mis pies.

No puedo ver donde estoy...
Siento manos que me tocan,
me arrojan agua,
me secan con una toalla.

Una inyección entra en mi brazo.

Pasan las horas y los días.
Mi familia no para de llorar.

Yo me acurruco entre las ramas.
Estoy en tinieblas...
“Padre nuestro que estás en el Cielo”.
Un sacerdote comienza a orar,
me coloca aceite en la frente,
de pronto, puedo ver algo,
una luz, luego una selva...

Tatica Dios

Corteza de árbol,
tortilla palmeada,
tiquisque y ñampí,
cocina de leña,
montaña, soledad,
sudor y campo,
lluvia y desvelo,
naturaleza, silencio,
bejucos, maíz virgen
y raíces que duelen.

Hay una infancia que nunca voy a llegar a conocer

Quisiera poder contemplar
el color amarillo
del vestido de la niña
que trepa por los árboles
donde el pasto resuena,
poder sentir el color amarillo
del vestido de la niña, que un día
llegaría a ser mi madre.

Yo en cambio soy un arbusto
de frutos salvajes,
aunque mi sueño siempre fue
sentir el color amarillo
y poder ver los vestidos
y los niños trepando por los árboles.

Se llama Marcelo Navarro

Marcelo, vos llenás toda la sala
y mi soledad
en estas madrugadas.

Yo sé que cuando mi papá te abandonó
se abrió una herida en su pecho,
una llaga que le deja respirar.

Y lloran todos mis ancestros,
lloran en mí y yo no quiero llorar.

Por eso no puedo dormir.

Cartago ya no es más una cárcel,
ahora es un laberinto que me lleva
dentro de mí mismo
y no me encuentro sino a tu nombre
sin rostro.

Y esta emoción he comprendido es heredada,
estas ganas de abrazarte no son mías,
pero ya no puedo contenerme,
y voy a la embajada a buscarte
y termino siempre tapándome la cara
y llorando como un niño de seis años.

Camino por la ciudad y aquí las almas
viven tan solas
y yo no quiero que vos estés así,
si es que estás vivo,
si es que existís,
si no eras otro cuento de hadas
que mi madre me contaba para dormir.

Marcelo, mi vida es tan plena
y yo soy tan feliz, pero mi papá
sigue un poco triste en el espejo.

Cartago, 23 de diciembre del 2014,
señor embajador de Venezuela
por la presente le pido me ayude
a encontrar a mi hermano:
se llama Marcelo Navarro.
Mi papá no pudo encontrarlo
pero yo lo voy a encontrar.

Semillas

Mi papá sopló sobre su mano
y esparció sus hijos sobre la cordillera.

Yo los miro y son rostros
tan ajenos y cotidianos
y son siluetas que me asombran
que me despellejan por dentro
y me dan unas ganas tan fuertes de gritarles.

Les diría que por favor no lo odien
que su papá todavía vive
en mi pecho,
que quiere hablarles,
que no quiero guardarlo solo para mí.

Que un día fuimos semillas
sobre la palma de su mano
y con un soplo de brizna
nos alejamos
sacudidos por el viento
y no sé por qué.

Tu vieja casa de madera

La risa de mis hermanas
hacía eco en algún espacio
de aquella casa que crujía.

Todavía escucho los huevos
burbujeando en aceite,
las loras cotorreando en el patio,
el sonido del jugo de naranja
recién servido en un vaso.

Y vos con tu cabello blanco,
con tu perfume a jabón,
con tu vestido negro.
Solo vine a decirte
que siempre te recuerdo
y vuelvo a ser un niño,
que te agradezco tantos silencios,
que aún siento amor
por tu sencillez,
porque nunca supe si estabas triste,
porque te escondías entre tanta alegría.

Gracias por ese recuerdo
de tu vieja casa de madera
que ya no existe,
sólo en algún espacio
donde hace eco la risa de mis hermanas,
donde mi niñez corre
y hace crujir la madera.

Trincheras

Hay criaturas que te aman
heridas y coléricas
cuando te acercás.

La ira en su rostro,
tu terca libertad,
su obstinación de proteger
y tu descuido.

Hay hermanas, madres
que te odian por tu vuelo,
que se enferman con tus versos.

Hay madres, fieras,
hermanas, en trincheras,
que a veces es mejor no quererlas
porque duelen, porque les duele.

No intentes amar a una fiera
porque luchan por su vida
porque el mundo las depreda
y vivir es despiadado
para ellas.

Es mejor alimentarlas
por las rejas,
mejor irse de casa
y protegerlas,
te muerden la mano
y no te besan.
Hay hermanas
heridas
como bestias,
que te esperan los domingos
en sus trincheras.

A mi padre

Papá, solo con vos comparto
este delirio existencial.
Yo te conocí cuando miraba
mi estrella detrás del aguacero.
Empuñándome las lágrimas
me brota esta alegría,
como ser el hijo de una luz
cálida y distante.

Te hablo
exclamándole mi verso
a las cosas y a la vida.
Le ruego a mi delirio
que mi amor no se extinga.

Mi rostro no sabe más
que buscarte,
a tientas, me ciega la luz
cotidiana.

Yo sé que estás acá
en este verso que le arrojé
a los árboles violeta
de la imaginación.

Mi boca escupe estrellas,
montes y vestigios de planetas
donde habitás vos,
mi soledad
y el estruendo de tu risa.

Perdoname por darlo todo en mi vida.
Gracias por siempre,
por esculpirme un corazón
donde caben tu ausencia
y mis manos.

Donde exclama el alba
su mantra sinfonía.
Gracias por marcharte lejos
a un recóndito planeta de mi alma.
Por tus versos,
por amarme
y porque existo.

Manual para iluminar una casa

¿Alguna vez escuchaste
la nostalgia que se cuele por las casas
de las madres que desgranán la noche
buscando luces de pan para sus hijos?

¿Alguna vez escuchaste
el cansancio que se acurruca en las casas
de los padres que deshilachan su alma
para abrir un surco en la casa
que nos muestre el futuro?

¿Alguna vez escuchaste
la confusión que respira en las casas
de los jóvenes que encaran
la soledad, las drogas
o cualquier abismo que endurezca
el corazón o la mirada?

Pero yo miro mi casa y no está vacía.
Cada noche recojo mis manos,
la jornada se acaba, pero aún me queda
un corazón que galopa y se acaba,
y yo lo renuevo cada mañana.

Empuño mi lápiz y enfrento mis sombras,
como metiendo a empujones en mi casa
la esperanza.
No me importa si el hambre o la duda
se deslumbran en las fotos de antaño.
Lo cierto es que es mío este tiempo,
que amo, que sigo de pie.

Yo miro mi hogar
y habita una luz en aquellos que la habitan.

La educación es una lámpara
y esta noche, ilumino mi casa,
empuño mi lápiz,
aunque a veces el dolor me haga daño.
Porque amo.
Porque sigo de pie.

Preconciencia

¿Cómo le digo al mundo que existo?
¿Cómo lleno las horas mudas?
¿Cómo miro al planeta sin llorarlo?
¿Cómo incendio las verdades una a una?
¿Cómo alcanzo a ver mi muerte en la muerte?
¿Cómo olvido mi cuerpo desgastado?
¿Cómo puede la lluvia conmoverme?
¿Cómo escupir tanta ira por los poros?
¿Cómo amo las criaturas pasajeras?
¿Cómo acurruco mi nostalgia?
¿Cómo maldecir al mundo?
¿Cómo gritar el sinsentido?
¿Cómo, si aún no hemos
inventado la palabra?

Spirituale

La tierra en que nací
recoge sus raíces,
llora con la pureza y el silencio de los bosques,
entierra su cuerpo en el olvido,
vierte sus últimas flores,
sus pájaros que miran con inocente desconcierto,
sus peces que dejan de luchar y solo flotan.

El cielo contiene un aguacero terrible,
amargo para las plantaciones.

Quizás si abandono mi visión en un potrero
el humano en mí no sufra, no se ofenda.

Si me mudo a las piedras, perdería mi calor,
me inundaría de río,
los saltamontes invadirían mi memoria
y quizás me olvide yo de estos huesos
que claman cariño y comprensión.

El humano que albergo
me ha de abandonar
a los grillos, la tarde y la quietud
de nuevo en comunión
con lo que existe,
sin más religión que estar vivo,
sin máquinas ni egos que agobien mi visión.

Cuento Regional

Acta de jurado

Certamen Literario Brunca, Cuento Regional, 2022

El día viernes 23 de setiembre 2022 se reunió y deliberó el jurado del Certamen Literario Brunca 2022, para el género de cuento en la modalidad regional, el cual, estuvo conformado por: Adams Ruiz Ruiz, Deyanira Jiménez Zúñiga y Cecilia López Morales. Luego de examinar minuciosamente las obras participantes, el jurado conviene en lo siguiente:

1. Otorgar el PRIMER LUGAR a la obra titulada Entre nosotros, presentada bajo el seudónimo de Seth R. Ríos. Esta obra supera considerablemente, a todas las demás, tanto en la construcción de la trama, como en el lenguaje literario utilizado.

2. El jurado acuerda no otorgar MENCIÓN HONORÍFICA a ninguna obra.

3. La calidad literaria de las obras participantes fue, en demasía, muy escasa.

Concluida la labor encomendada por la Sede Regional Brunca de la Universidad Nacional, cerramos esta acta y firmamos

Adams Ruiz Ruiz

Deyanira Zúñiga

Cecilia López Morales

Primer lugar

Dilán Jaseth Rodríguez Ríos

Entre nosotros

En ocasiones, suelo perderme en mis pensamientos, sin recordar cómo llegué hasta cierto punto. Ahora estoy en el bosque, viendo a uno de mis mejores amigos acostado en el suelo. No recuerdo exactamente cómo llegamos hasta aquí. Él está boca abajo, siento que está cansado, por eso me apena mucho interrumpir su momento. Él padece de insomnio y nos encontramos bajo la escasa luz del día, percibo que descansa merecidamente.

Eran las 5:30 pm, mi amigo Gabriel estaba por llegar a casa. Yo me encontraba con Harold, él me agrada más, es un tipo callado, toca de manera excelente la guitarra, suele decirme frases interesantes que nacen desde su pensamiento. Aunque nos parecemos en demasía en nuestra forma de ser, Harold es imponente, de carácter más fuerte y su presencia inflige respeto. En ese momento, él estaba tocando “Knocking on Heaven’s Door” acústicamente, de manera impecable, cabe resaltar. Su dominio se hacía notar en una simple canción, llegando a transmitir mucho más que la original o la interpretación de la legendaria Guns N’ Roses.

Después de estar esperando un largo rato, Gabriel llegó a la casa. Lamentablemente, estaba del todo ebrio. Noté en el rostro de Harold que el hecho no había sido de su agrado en lo absoluto. Sin saludar, Gabriel me pidió el servicio sanitario, le respondí que no estaba en funcionamiento, tenía que hacer sus necesidades afuera, no le dio mayor importancia y se dirigió al bosque a hacerlas. Los ojos de Harold me dejaban ver el disgusto y enojo que la situación le provocaba. De esta manera, sin decirme ni una sola palabra, se adentró en la habitación con su guitarra y se encerró allí, no hizo bullicio alguno, sólo quería estar apartado de toda esta situación.

Gabriel entró nuevamente a la casa, tomó asiento en el sillón y me preguntó qué íbamos a hacer, yo le mencioné que quería discutir un pequeño inconveniente que habíamos tenido, un asunto de malas lenguas y falsas invenciones a mis espaldas, un discurso hablado por víboras. Menospreciando el tema por completo, me preguntó si tenía cartas para jugar póker o casino, le respondí de manera afirmativa. Demandando autoritariamente, me dijo que las trajera, Gabriel me estaba dominando en mi propio terreno, y

esa actitud impertinente me provocaba disgusto lentamente hacia su persona. Igualmente, siendo sumiso, le hice caso y fui a buscarlas a la habitación. Ahí se encontraba Harold, mirando hacia la esquina del cuarto con un cuchillo muy afilado en sus manos. En modo de broma le dije que no se cortara a sí mismo, a lo que me respondió con una sonrisa desganada.

Busqué durante un pequeño momento hasta que encontré las mencionadas cartas, salí de la habitación y noté que Gabriel estaba sentado en una silla colocada en la cocina, me senté a su lado en un banco ligeramente más pequeño. Coloqué las cartas sobre la mesa y, discretamente, comencé a mencionar el desacuerdo que habíamos tenido. Él, a duras penas, sabía cómo formular una oración. Extrañamente, parecía ser que estaba en todos sus sentidos cuando jugamos a las cartas. De esta manera, perdiendo yo la partida, pretendí ignorar el tema, no obstante, me carcomía la mente y me hacía ver de manera repugnante al tipo que tenía en frente. Por el contrario, él estaba encalmado, nada lo perturbaba, ni siquiera el supuesto amigo que tenía frente a sus borrosos ojos, al cual seguía ignorando una y otra vez.

Sorteamos el azar mediante partidas, hasta que de su bolso sacó una botella de ron y una pequeña copa para tragos. Seguidamente, me hizo una propuesta curiosa:

“Cuando alguno de los dos pierda, deberá tomarse uno de estos y confesar algún asunto de interés de la otra persona”. Por supuesto que acepté el trato, no podía contener mis ganas de preguntar el porqué de su discurso por el cual nos encontrábamos en mutuo desacuerdo. De este modo, no tardamos ni un segundo más en comenzar nuevas partidas.

Sin sentidos formulados en preguntas surgieron por parte de los dos, ambos planteando escenarios cada vez más irreales y absurdos. Mientras él reía con las torpezas que salían de mi boca, yo observé que el ron estaba a punto de acabarse. Para este momento, Gabriel ya no podía tomarse un trago más. Por mí parte, sabía de manera certera que, me diría la verdad finalmente. Antes de mi grandioso momento de victoria, Harold decidió salir de la

habitación y, estableciéndose cómodamente en el sillón, miró fijamente a Gabriel. Su boca no pronunció una sola palabra, simplemente observó y se mantuvo en absoluto silencio.

Decidimos finalmente jugar la última ronda, y aunque yo sabía que él se esforzaba, no por ganar, sino por no caer dormido, yo dediqué todo mi empeño para vencerlo, y así lo hice. Saliendo victorioso, era mi momento de preguntar. Estuve esperando todo este tiempo para dejar el asunto en claro. Me levanté del pequeño banco donde me encontraba sentado, coloqué mis manos por encima de las cartas, y, mirando a Gabriel fijamente en sus ojos entrecerrados, no me salieron las palabras. Sentí una inmensa incomodidad en mi garganta, como si tuviese una especie de obstrucción que no me dejaba formular la pregunta. Lo que más me apenaba es que los ojos de Harold dejaron de estar sobre mi contrincante, ahora se habían posado sobre mí, su mirada llena de odio y decepción, no podía permitirlo. Tomé a Gabriel del pie del cuello de su camisa y lo golpeé lo más fuerte que pude en el lado derecho de su rostro, él cayó de espalda con la silla incluida. Desconcertado, me preguntó qué me pasaba. Conteniendo las lágrimas de la inmensa rabia que, rápidamente crecía en mi interior y se convertía en odio visceral, añadiendo el sentimiento de superioridad que se apoderó de mi ser cuando la mirada de Harold se tornó orgullosa, viéndolo sonreír cínicamente por mis actos, no le dirigí la palabra a mi rival. Me coloqué encima de él y lo golpeé en su rostro repetidas veces, hasta que, de manera ágil, colocó sus pies en mi estómago y, con sus piernas como catapultas, me lanzó hacia atrás.

Ahora yo, de manera humillante, me encontraba en el suelo. Observaba a Gabriel de la misma manera en la que él me había visto anteriormente, como un ser superior, siendo yo en este momento el inferior entre los dos. Me golpeó múltiples veces, a pesar de estar más ebrio que yo, pudo darme la golphiza de mi vida. En ese momento sólo me percaté de que tenía dos miradas que me llenaban de vergüenza, me apeno saber que mi contrincante veía hacia abajo como juez que castiga a un criminal, sin embargo, me dolió profundamente ver a Harold más orgulloso de Gabriel que de mí.

Cuando mi némesis se dio la vuelta, me levanté rápidamente, lo tomé del hombro y, de la manera más denigrante e indigna, no obstante, cegado por la rabia, le di la vuelta y conecté un puñetazo casi perfecto en la boca de su estómago. Gabriel cayó sobre sus rodillas y comenzó a regurgitar, sus ojos se tornaron a blanco, hasta que, cayó al suelo temblando de dolor. Miré a Harold solicitando su ayuda, él se encontraba disfrutando la situación observando a Gabriel a punto de morir. Por mi parte, no podía acercarlo al sanitario. Asustado, llevé a mi moribundo “amigo” a tomar aire, mientras Harold nos observaba desde el marco de la puerta.

Estaba haciendo frío fuera de casa, nos vimos envueltos por la niebla que acompañaba la lluvia, los relámpagos iluminaban más el camino que la linterna de mi celular. En cuestión de minutos, Gabriel recobró el sentido y, estando sobre sus rodillas, vomitó todo lo que había consumido, manchado con un poco de sangre. Me dijo que me fuera, él ocupaba estar solo y yo también lo necesitaba. Preocupado, sin embargo, resentido por su culpa, lo deje solo. Me dijo que en un breve momento llegaría a la casa otra vez, no tenía adónde acudir, no podía llegar así a su hogar, su esposa e hijos no lo podían ver de manera tan lamentable. No le respondí, ignorando todo lo que me había dicho.

Llegué a casa empapado, Harold estaba sentado en el sillón jugando solitario. Me preguntó si quería jugar con él, yo por mi parte, me encontraba hastiado de las malditas cartas, entonces me negué. Tomé asiento a su lado y observé lo rápido que era, tanto para mezclar, como para repartir y acabar de jugar sus partidas. Yo seguía un poco preocupado por Gabriel, sin embargo, sabía que iba a volver, su familia estaba sobre todo y no se atrevería a dañar su imagen llegando ebrio, golpeado y empapado a casa.

Cada segundo parecía una eternidad, me mantuve tranquilo observando a Harold, hasta que, un relámpago hizo que la casa quedara a oscuras. Rápidamente, fui a encender un par de velas que se encontraban en la habitación, mi celular se encontraba bajo de batería, entonces no quería descargarlo por completo. Noté en mi dispositivo que eran las 5:30 pm, no me cuestioné

mucho, di por hecho que la hora estaba errónea o se había descompuesto. No obstante, el reloj, iluminado por la luz que aportaban las candelas, tenía el mismo horario. Igualmente, había motivos más importantes por los cuales preocuparse, caminé nuevamente hacia el sillón y Harold no se encontraba allí. Me dirigí a la cocina y la puerta trasera estaba abierta, sospeché que por ahí había salido mi amigo, noté que, en el reloj colocado en la pared, de la misma manera eran las 5:30 pm. Entré nuevamente en la habitación y me senté en la cama durante unos minutos, la guitarra estaba recostada en la pared, entonces decidí intentar tocar algo, aunque yo no soy el talentoso.

Escuché la puerta de la cocina cerrarse abruptamente, salí de la habitación con la candela en mano lo más rápido que pude. Noté que habían huellas de suciedad en la cerámica, intuí que Harold había llegado. Lo llamé y me contestó desde el baño, estaba tomando una ducha. Finalmente, la luz regresó, noté que las huellas anteriormente mencionadas también se dirigían hacia el basurero, en el fondo de este había harapos, el cuchillo de Harold se encontraba limpio sobre el lavabo, aunque este tenía diminutas manchas rojas en el blanco de su cerámica. Estos pequeños detalles me causaron gran incertidumbre, una intensa comezón se produjo en mi brazo izquierdo, así que comencé a rascarme bruscamente.

Cuando Harold salió del baño, le pregunté sobre las manchas en el lavabo. Él me respondió que quizás alguna saltó cuando Gabriel y yo tuvimos nuestra pelea. Le hallaba un poco de sentido a sus palabras, sin embargo, también pude notar que en su brazo izquierdo había una herida. Nuevamente lo cuestioné, esta vez preguntando sobre lo que le había pasado en su brazo. De manera despectiva, me dijo que se había lastimado con las ramas cuando salió. Finalmente, mencioné a Gabriel, le pregunté si de casualidad lo había visto cuando estuvo afuera. De manera un poco más irritada, me respondió negativamente. Se dirigió a la habitación y trajo con él su guitarra. Se sentó en el sillón y comenzó a tocar "Don't Cry" de Guns N' Roses, mientras la tarareaba. Me senté a su lado y lo escuché tocarla durante unos breves segundos, después comenzó

a cantar la letra de la canción: “I know how you feel inside now, I’ve been there before. Something’s changing inside you and don’t you know”. Mi piel se erizó, lamentablemente no fue por la belleza de la letra, sino por su manera de cantarla, por su tono burlesco y sarcástico. Le pedí que se detuviera, hizo caso omiso a mi petición. Continuó cantando y tocando la guitarra, hasta que, lleno de incomodidad y agresivamente, intenté quitarle su instrumento. Él es más fuerte que yo, de este modo, permaneció con su guitarra. Molesto, le pregunté por qué Gabriel no llegaba. Él, sin mirarme a los ojos, y totalmente desinteresado, me respondió que le diera tiempo, que ya casi íbamos a verlo con nosotros. Me hallaba desesperado, de este modo, quise enmendar mi error por haberlo dejado solo, salí de casa para ir a buscarlo y, después de mucho tiempo, resultó como lo esperaba, no logré hallarlo.

Llegué a casa, Harold estaba afinando las cuerdas de su guitarra. Esta vez no me detuve a pensarlo dos veces, entré y fui directamente a quitarle su instrumento. Forcejamos unos segundos, mientras yo le preguntaba dónde estaba Gabriel. Él tomó la guitarra por el mástil e impulsado con toda su fuerza, me golpeó con la caja en el estómago. Caí de rodillas, sin aire. Harold miró hacia abajo, donde me encontraba, y simplemente se limitó a llamarme “imbécil”, entró a su habitación, cerró la puerta bruscamente y le colocó el seguro.

Después de que me recompuse, fui tras él y comencé a tocar fuertemente la puerta para que me abriera. Unos minutos pasaron, yo me encontraba golpeando y pateando la puerta. Me molestaba que me dejase solo, sin respuesta alguna, sumado a la comezón que se convertía progresivamente en irritación.

Repentinamente, Harold decidió abrir la puerta, lo único que pude notar fue esa imagen imponente frente a mis ojos, yo estaba realmente aterrado, él estaba completamente cansado de mí. Recuerdo sus palabras tan claras como mi sentimiento de impotencia en ese momento: “¿Qué pasa? ¿cuál es el maldito problema? ... me hace salir del cuarto para no decirme ni una palabra... Me resulta vergonzoso que hayan pasado los años y usted siga siendo el

mismo cobarde, basura y pedazo de mierda de siempre... Las cosas no cambian aquí, usted siempre va a ser el mismo incompetente y estúpido de siempre". Sus tajantes palabras y su intimidante aspecto me hacían retroceder involuntariamente, poco a poco Harold me arrinconó, mi espalda quedó contra la pared. Lentamente, sus manos fueron subiendo hasta mi cuello, y fríamente me dijo: "Es hora de terminar con esto". Comenzó a estrangularme, presionando lenta y fuertemente. Esto duró unos 15 segundos, donde por primera vez, vi mi vida pasar delante de mí. La vista se oscureció durante un breve momento, sin embargo, se mostró dubitativo y decidí soltarme, seguidamente se dirigió hacia la cocina.

Aclarándose poco a poco, mi visión se recompuso, cuando finalmente podía ver con escasa claridad, fui tras él. Como si mi persona fuese un toro salvaje, me impulsé y lo embestí, el problema fue que, cuando caí al suelo, me encontraba totalmente solo. Miré hacia atrás, Harold estaba ahí de pie, tomó el cuchillo que estaba en el lavabo y comenzó a acercarse mientras me decía cosas confusas, repitiendo una frase en específico: "Parece que todavía no entiende qué sucede". Sabía que él llevaba la ventaja físicamente hablando, entonces decidí confrontarlo verbalmente, acusándolo de haber hecho alguna atrocidad con Gabriel. Harold simplemente se reía, cuando terminó de arrinconarme en una esquina con el cuchillo en la mano me dijo: "todavía no entiende".

Pregunté qué era lo que yo no entendía, él se puso sobre sus cuclillas, a la misma altura a la que yo me encontraba, y mirándome con sus fríos y vacíos ojos, susurró: "pronto lo va a entender". Cerré mis ojos y me protegí de él con mis manos, inmediatamente, escuché un sonido metálico caer sobre la cerámica. Abrí mis ojos nuevamente, Harold ya no se encontraba presente conmigo. Escuché que tocaron la puerta, por un breve instante, logré recuperar un poco la esperanza, pensando que era mi amigo Gabriel quien ya había vuelto del bosque. No obstante, cuando me iba a levantar para ir a abrir la puerta, noté que mis manos estaban completamente empapadas en sangre y el cuchillo estaba a mi lado, también manchado de este rojo intenso. Apresurado por la situación, fui al

lavabo y, cuando me iba a lavar las manos, éstas estaban limpias, por ende, el cuchillo también.

Escuché nuevamente que tocaron la puerta, inmediatamente, me dirigí a abrirla. Nervioso, pero un poco entusiasmado, giré la perilla lentamente y abrí la puerta por completo. Mi expresión, esperanza y euforia cayeron repentinamente cuando me di cuenta que el que estaba del otro lado era Harold, mojado debido a la lluvia que nos seguía acompañando.

Apartándome de la entrada, caminé hacia la cocina. Pregunté dónde había estado, mientras mi respiración se agitaba cada vez más. Por otro lado, él me respondía tranquilamente, mientras me daba la espalda, justificando su ausencia. Sabía que me estaba mintiendo, literalmente había estado conmigo unos minutos atrás. Ahogado en inseguridad e impotencia, tuve un pequeño momento de valentía. Corrí hacia él, tomé el cuchillo que había dejado en el lavabo y lo embestí nuevamente, esta vez no iba a perder mi oportunidad de clavarle el cuchillo entre las cejas. Caímos suelo, ambos estábamos asustados, no sabía qué estaba haciendo y Harold estaba aturdido por mis actos agresivos. Levanté mi arma hacia el cielo, esa con la que por primera vez arrebataría una vida, mis ojos se llenaron de lágrimas, sin embargo, no me detuve. Cerré los ojos y dejé caer mi cuchillo sobre lo que pensé, era el cráneo de mi amigo. Apuñalé múltiples veces, escuché un material sólido romperse, no tuve el coraje ni la malicia para ver qué había sido. Caí en el suelo totalmente solo, un intenso llanto acompañaba el silencio que me rodeaba.

Abrí los ojos para tomar el cuchillo y finalmente terminar con mi martirio. Raudamente, mi cuerpo y alma se enfriaron cuando me di cuenta que lo que se había roto, fue mi arma, estaba partida en dos. Harold no se encontraba en el suelo, no se veía por ningún lugar, hasta que, escuché la puerta de su habitación abrirse. Mi garganta se cerraba lentamente, era difícil respirar y, desde el suelo donde me encontraba, lo vi llegar nuevamente. Sorprendido, me preguntó qué había pasado, mi mente simplemente divagaba, mientras veía ese rostro, el rostro de un hombre más vivo que yo.

No pude controlar mi tono de voz, y gritando, le pregunté dónde estaba Gabriel. Lo noté un poco confundido, él me respondió con una pregunta: “¿quién es Gabriel?”. No sé qué me molestaba más, verlo ahí de pie, o que me respondiera con otra pregunta, nuevamente lo cuestioné con lo mismo, esta vez se tomó un poco más de tiempo para responder. Convencido de sí mismo, de sus palabras carentes de emoción alguna, me dijo: “Gabriel murió”. Cierta paz invadió mi cuerpo, finalmente había admitido y me estaba confirmando qué hizo con mi amigo. No obstante, mi paz fue interrumpida por sus siguientes palabras: “Sufrió una sobredosis por combinar somníferos con alcohol”. No soy estúpido, sabía que era mentira, aunque me hizo cuestionarme y tener que analizar todo el panorama, porque era verídico que Gabriel sufría de insomnio.

Sentándome en el banco, aquel donde me senté cuando jugué a las cartas con Gabriel, me sugirió tranquilizarme. Por mi parte estaba confundido, su respuesta tenía sentido, empero, no terminaba de encajar un pequeño detalle, Harold no conocía a Gabriel en lo absoluto. Me levanté del banco y me acerqué a él mientras pensaba en las respuestas que podía darles a mis preguntas, me coloqué a sus espaldas y pregunté: “¿Cómo sabe usted que Gabriel tomaba somníferos?, o bien ¿cómo sabe usted que Gabriel padecía insomnio?” Sin verme a la cara, me respondió que yo se lo había comentado. Redireccioné mi pregunta, siendo ésta: “¿Cómo sabe que Gabriel había muerto y yo no?” Guardó silencio durante un pequeño instante, aunque casi inmediatamente, lo rompió con su risa macabra, sus fuertes carcajadas duraron unos segundos, hasta que, me vi forzado a levantar mi voz: “¿¡Cómo!?” Su infernal risa cesó, se volteó y mirándome a los ojos me dijo casi susurrando: “Hay ciertas cosas que usted quisiera olvidar o no saber por qué sucedieron”. El miedo fue lo único que recorrió por todo mi cuerpo, pese a eso, cerré mi mano y, con todas mis fuerzas, le di un puñetazo en su mejilla izquierda, él simplemente sonrió. Sangre comenzó a recorrer del lado izquierdo de mi boca, mis manos comenzaron a temblar, sentí un fuerte escalofrío a lo largo de mi espina dorsal.

Una sonrisa burlona se figuró en la cara de esa persona tan cercana que consideré mi amigo.

Cuestionándome a mí mismo, no sabía qué estaba sucediendo. Comencé a dar pasos hacia atrás, alejándome de mi peor enemigo, no obstante, él se acercaba. Colocó su mano sobre mi hombro y, como si estuviese dentro de mi mente, me preguntó: “no sabe qué está sucediendo ¿verdad?” Fue una pregunta lógica en ese momento, aunque, su entonación me decía algo más. Sabía que él estaba muchos pasos delante de mí, estratégicamente hablando. Su fría mano se posó sobre mi rostro, con delicadeza, limpió mi sangre con su pulgar y, tranquilamente, con un tono ligero, me dijo: “Tantos años solo realmente lo han afectado”.

Sé con certeza que mi pasado me ata, me siento mal y no sé cómo salir de mis pensamientos, se siente como un castigo que debo tomar, como una carga que nunca se va a ir. Escuché las palabras de Harold, tan dulces como hubiese deseado escucharlas de alguien más: “Todo termina aquí”. Lágrimas cayeron de mis ojos, en un último avistamiento hacia el reloj, la hora seguía estática. Maldito número, me dije a mí mismo, las 5:30 pm. Cerré mis ojos, respiré profundamente y sentí un leve dolor en mi corazón, un pequeño espinazo. Mi oscuridad profundizó cada vez más y, nuevamente, me perdí en mis pensamientos. Después de un largo momento de castigo con la incapacidad de lograr hallar una salida, un instante de claridad vino a mí.

Una luz deslumbrante me hizo abrir los ojos, comencé a ver que estaba en un lugar vacío. Hacia mi izquierda, derecha y mi espalda todo era oscuridad profunda, sin sonido ni existencia alguna. Frente a mí se encontraba un espejo del tamaño de una puerta, donde me podía ver reflejado, estaba sentado en una silla, a la cual estaba atado con alambres de púas. Esa persona que se encontraba frente a mí comenzó a observarme fijamente, el sentimiento primitivo del miedo me invadió, era aterrador saber que mi propio reflejo no obedecía lo que mi yo real estaba haciendo.

Lentamente, él comenzó a intentar levantarse de la silla donde se encontraba, en la que yo me encontraba. Pude ver cómo poco

a poco los alambres de púas rasgaban su piel y lo despedazaban vivo, mientras él gritaba, sin que absolutamente nadie lo ayudara. Lentamente, su piel restante palidecía debido al derramamiento excesivo de sangre, siendo libre durante un breve instante para morir sin compañía alguna.

Voces lejanas se reprodujeron como cintas de música melancólica. Tristes y fuertes alaridos se escucharon, profundos llantos invadían mi cabeza, era extraño, estaba escuchando a personas de diferentes edades, no obstante, con un mismo tono, como si fuesen torturados al unísono. O quizás era la misma persona experimentando el simple dolor y peso de la existencia misma.

Momentos traumáticos me fueron revividos frente a ese gran espejo, esas noches largas y silenciosas con personas no deseadas dentro de mi habitación, el abandono de esa figura anhelada que nunca logré conseguir otra vez, la creación de un compañero que pudiese aliviar mi dolor mental y emocional, la incentivación a cometer crueldades en contra de los mismos seres, la inclinación innata al lado más insufrible, la tendencia suicida y el daño auto infligido.

Cada vez las torturas que se escuchaban lejanas se acercaban a mí. Estando indefenso, simplemente respiré profundamente y acepté mi destino. Cerré mis ojos y los sonidos desagradables aumentaban su volumen, hasta que, estos se transformaron en una emisión más familiar.

Escuché un sonido emitido por cuervos, un graznido que me hizo volver en mí mismo, sentí que mi cabello estaba totalmente empapado. Decidí abrir mis ojos, relámpagos sonaban e iluminaban ese oscuro y familiar bosque en el que me encontraba. Yo estaba sentado en el suelo, recostado a un gran árbol el cual estaba seco y putrefacto. Hormigas me mordían los brazos repetidamente. El sonido de la lluvia me aturdiría lentamente.

Concentrándome en un punto de iluminación, noté que mi celular estaba en el suelo. Estaba con la pantalla hacia abajo y su linterna estaba encendida, cuando lo levanté y miré su pantalla, eran las 5:31 pm. Iluminé mi brazo izquierdo porque me provocaba

un incómodo dolor, noté una gran herida en él, como si de arañazos se tratara. Estas eran profundas y muy abiertas, me sentía perdido, en todo el sentido de la palabra, miré a mi alrededor y noté un cuerpo en el suelo, me acerqué y finalmente lo vi. Mi amigo Gabriel estaba acostado boca abajo. Corrí hacia él y seguidamente lo volteé, mirándolo directamente a los ojos, estos estaban vacíos, sin alguna expresión, sus pupilas miraban directamente a mis ojos. Su boca estaba llena de sangre, su rostro estaba pálido, parecía ser que tenía el cartílago de la tiroides y la tráquea rotas, en las uñas de su mano derecha había pedazos de piel y sangre, y en su pecho, estaba clavado profundamente el cuchillo, mi cuchillo. Lo observé fijamente durante unos minutos, finalmente me sentía en paz.

Cuento Nacional

Acta de jurado

Certamen Literario Brunca, Cuento Nacional, 2022

El día lunes, 19 de septiembre de 2022, se reunió y deliberó el jurado del Certamen Literario Brunca 2022, para el género de cuento en la modalidad nacional, el cual, estuvo conformado por Byron Ramírez Agüero, Quince Duncan Moodie, y Oscar Delgado Chinchilla. Luego de examinar minuciosamente las obras participantes, el jurado conviene en lo siguiente:

1. Otorgar el PRIMER LUGAR a la obra titulada “Creo que me llamo Julio”, presentada bajo el seudónimo de Marcel Marceu. En dicha obra, los miembros del jurado encontraron un excelente manejo de la ironía que sostiene de manera natural una serie de relatos que sobresalen por su sensibilidad discursiva y su originalidad estética; resalta la utilización de un lenguaje cotidiano justo y emotivo, así como la variedad de temáticas abordadas con sutileza y rigor estructural (la familia, la enfermedad, la muerte, la ausencia, el peso del lenguaje, etc.). En la construcción narrativa de los relatos predomina un tono contemporáneo, experimental y cuidado, con juegos literarios inesperados que hace grata la lectura de estos cuentos; una voz propia, distintiva, que logra sobresalir por sobre las demás propuestas por su excelencia en forma y contenido.

2. Otorgar una MENCIÓN HONORÍFICA a la obra titulada “Escenas”, presentada bajo el seudónimo de Sombrero de jabalí. Para el jurado calificador, esta obra sobresale positivamente por su aprovechamiento del discurso cotidiano como vehículo de ideas profundas y refinadas, por la calidad semántica de su composición y su estilo contemporáneo que ofrece un manejo certero del ritmo narrativo, y por su capacidad para conjurar lo trascendente en situaciones cotidianas y retratar momentos verdaderamente memorables.

Esta acta se encuentra validada por las firmas de todos los miembros del jurado o, en caso de no ser posible el registro de todas ellas,

por la firma de al menos un miembro, siempre y cuando el envío del documento se haga también a los miembros no firmantes.

Concluida la labor encomendada por la Sede Regional Brunca de la Universidad Nacional, cerramos esta acta y firmamos

Bryon Ramírez Agüero

Quince Duncan Moodie

Oscar Delgado Chinchilla

Primer lugar

Fernando Hidalgo Solano

Creo que me llamo Julio

Garabatos

Al quinto mes de embarazo tuvo su primer antojo. Fue distinto a los antojos de sus amigas. Ellas se antojaron de cosas “comunes”: algo picante, frutas, hormigas, tinta de color azul, tierra. No bastaba con los cambios de humor. Ahora tenía que sumarse ese extraño deseo. Meses atrás, Marcela había creado una campaña publicitaria en la que una actriz, con panza postiza, sonrisa postiza y tetas más falsas que el concepto del anuncio, saciaba sus antojos en un restaurante de comida rápida. Qué rico sabe que te entiendan, decía la jetona mientras se llevaba un muslo de pollo frito a la boca. Ni el Coronel Sanders, ni sus amigas, ni su mamá, ni su novio, ni ella misma se entendía. Debe ser el karma, pensó. Todo me está pasando por crear ese maldito comercial. Empezó a llorar.

Amaba a su hijo. Odiaba estar embarazada: mentiras románticas que le dicen a las mujeres para proteger a la especie humana de la extinción. Entraba a los stocks de fotografías en su trabajo a buscar imágenes de mujeres embarazadas. Todas se veían felices, perfectas. En el buscador no aparecían fotografías de jóvenes exhaustas con los pies hinchados. Esa parte del embarazo era inexistente. Nadie advertía del peligro; nadie hablaba de los gases, la orina, el calor, los dolores insoportables en el abdomen, las dudas, la culpa. La culpa de no sentirse la mujer más feliz del mundo. La culpa de plantearse, por un segundo al menos, que quizá hubiese sido mejor abortar. Le aterraba haberle transmitido ese pensamiento a su hijo. Mente positiva, el secreto para un bebé sano, leyó en un artículo. ¿Me habrá entendido? ¿Será muy tarde para arreglarlo? No, aún tengo tiempo, se repetía al darse cuenta de que su antojo quizás sería capaz de redimirla.

El antojo llegó a finales de enero. Una martes lento y lluvioso, de los que detestan quienes tienen que ir al trabajo, y de los que detestan aún más quienes deben ir a control prenatal. Le tocó viajar de pie en el bus. Los asientos preferenciales estaban ocupados por ocho caballerosos y jóvenes varones en estado de coma. A veces daban señales de vida. Entreabrían los ojos para verificar que no

se les pasara su parada, pero evitaban el contacto visual con ella. Marcela se entretuvo el resto del viaje incomodándolos. Los golpeaba con su bolso, les pisaba los pies o los aplastaba con su barriga, intentando ser igual de disimulada que ellos. Cuando se desocupó un asiento, ella se lo cedió a una señora. Para que les dé vergüenza. Todos los hombres son iguales. Mentira. Su ginecólogo era peor.

El Dr. Pérez era una náusea insondable. Un asco tan natural y auténtico que Marcela nunca supo con certeza si sus achaques durante los días de revisión eran producidos por el embarazo o por el doctor. De haber tenido dinero, no estaba segura de si lo invertiría en ir a una clínica privada o en contratar a alguien para que le cortara los asperos y rígidos dedos de fumador a ese enfermo disfrazado de médico. Sueños imposibles en los que se perdía para sobrevivir a los chequeos. Por suerte ese día solo tocaba ultrasonido, a ver si su hijo por fin se dejaba ver la carita.

En las tres ecografías anteriores el pequeño ocultó el rostro. Pérez, que se comportaba como un profesional cuando su novio la acompañaba, les había explicado que era bastante normal. A veces están pegados a las paredes del útero o simplemente están de espalda. Los órganos internos, las extremidades, el corazoncito y todo lo demás está creciendo sin complicaciones. Solo es muy tímido, como la mamita, “bromeaba”.

Aquel martes, mientras el médico pasaba el frío aparato por su vientre y ambos miraban el monitor, Marcela no vio la figura de su bebé ocultando de nuevo la cara. En la pantalla se proyectaba y materializaba su antojo. Se le secó la boca. Toda el agua del cuerpo se le acumuló en los ojos. De fondo, el doctor estaría haciendo uno de sus típicos comentarios de mierda. Uno que no cambiaría el problema. Contaba con solo cuatro meses para solucionarlo; tres en realidad, porque el pequeño se adelantaría.

Roberto. Ya tenía nombre. No tenía cara. Mamá debía dibujársela. Estaba convencida. El retrato que lograra en ese poco tiempo sería la salvación o maldición de su hijo. Marcela no sabía dibujar, nunca le gustó. Sus amigas también se antojaron de cosas que no les gustaban. Pero siempre fue comida, no locura. Nunca había

escuchado de un antojo como el de ella, aunque la sensación era la misma que describían todas: una necesidad irracional que solo se saciaría con un dibujo perfecto del rostro de su hijo. Hecho por ella. Con su mano izquierda.

La voz de Pérez la devolvió a la realidad. ¿Está bien, Marcela?, preguntó Pérez mientras le alcanzaba un klenex para que se secara las lágrimas. Yo también estoy emocionado de conocerlo al fin. Es muy guapo. Marcela se concentró en el monitor de nuevo, pero no vio nada. Regresó a casa con la imagen impresa. Su novio tampoco logró verlo. Pérez dice que se mostró un instante. Deberíamos cambiar de doctor, sugirió Alejandro. Ningún doctor puede ayudarnos, quiso responderle. No lo hizo. Le urgía encontrar un profesor de dibujo.

Marcela siempre había vivido en el mañana, con la certeza de que en ese día mágico que nunca llega todos los problemas de su vida se irían solucionando: mañana matricularé la licenciatura, mañana llenaré el formulario de la beca, mañana compraré las pastillas anticonceptivas, mañana te vas de la casa, le gritó su madre al enterarse del embarazo.

Mañana empezaré a dibujar. Estaba a punto de dormirse cuando las manos gigantes de un bebé sin cara abrieron el techo de su habitación, la tomaron de los párpados como si fueran la nuca de un perro de raza y la depositaron en la mesa de la cocina. Dibujó hasta las tres de la mañana. Sus primeras ilustraciones le dieron más miedo que la pesadilla.

Tomó clases en línea, presenciales, privadas. Los instructores le aseguraban que no se podía aprender a hacer un retrato, y menos de un bebé, tan rápido. Es un proceso. No se frustre. Con mucha práctica en un par de años va a lograrlo. No urge. En ese momento su bebé la pateaba como recordándole que una madre, una buena madre, hace hasta lo imposible por su hijo.

Para dedicarse de lleno a dibujar, le pidió a Pérez que le adelantara su licencia de maternidad. Lamentablemente (para ella) estaba en perfectas condiciones. No podía ayudarla. O sí. Si ella lo ayudaba a él.

Renunció a su trabajo y a su preaviso. Necesitaba enfocarse. Le ocultó la decisión a Alejandro. Se despertaba con normalidad para ir a trabajar. Salían juntos. Se despedían en la puerta de la oficina. Luego, Marcela tomaba un bus de regreso a casa. En el trayecto, dibujaba. Si le tocaba ir de pie, dibujaba. A la hora de comer, dibujaba. En vez de tomar la siesta, dibujaba. Solo se detenía a descansar cuando volvía su novio. Pero incluso en ese instante su mente seguía trabajando. Por las noches fingía tener achaques y se encerraba en el baño para dibujar toda la madrugada. Para evitar que Alejandro sospechara de sus sesiones nocturnas, cada quince minutos se desgarraba la garganta con una convincente interpretación del vómito.

Al sexto mes de embarazo el desgaste y el esfuerzo desmedido no se vieron reflejados en sus bocetos, sino en su salud. Su piel se había vuelto amarilla como las uñas del Dr. Pérez. Sus ojos rojos como la sirena de la ambulancia. Su cuerpo un delgado perchero en el que colgar una vieja bata de hospital. Su hijo, una carga que no entendía que todos esos sacrificios eran necesarios para darle lo que realmente necesitaba. ¿Es que no querés tener cara? No seas mal agradecido, lo hago por tu bien. Confiá en mí, Roberto.

Roberto no confió. Quería suero, agujas, atención, descanso, cuidado y que todos criticaran a su mamá. Lo logró porque, desde que la internaron, Marcela recibió más críticas que visitas. Pérez, Alejandro, las enfermeras y su madre, que volvió a hablarle solo para atormentarla más, le hacían ver lo desconsiderada y egoísta que era. Le cuestionaban arriesgar la vida de su hijo por una repentina y absurda afición al arte. Miles de mujeres alrededor del mundo deseando ser mamás y ella, que podía, lo desperdiciaba.

Luego llegaron los consejos. Igual de inútiles que las críticas.

Marcela, tenés que comer bien. Pensá en Robertito. Dormite temprano. Descansá. No te estresés. Con calma vas a salir adelante. Tenés prohibido dibujar, te altera mucho. Hacele caso al doctor. Dejate ayudar. Eso quería, que la ayudaran. Nadie lo hizo. Nadie le explicó cómo mejorar los trazos. Nadie le ayudó con las sombras. Nadie le enseñó cómo hacer para que las líneas de la nariz no

parecieran un pene mal hecho. Nadie le llevó una hoja de papel y un lápiz. ¿Para qué le servían las frutas, los chocolates y los buenos deseos, si su hijo iba a nacer sin cara? Tuvo que ingeniárselas.

Empezó perfeccionando la técnica: uñas sobre piel. El resultado no era tan malo, pero se borraba muy rápido. Si ejercía suficiente presión con su uña podía obtener tinta roja. Boceteaba sobre las sábanas, en la zona de la entepierna, eso sí, para que las enfermeras no advirtieran que seguía dibujando. Era imposible que se percataran. Aquellas manchas podrían ser cualquier cosa menos un rostro.

Las siguientes semanas inventó nuevas técnicas. Cada una menos efectiva que la anterior: aliento sobre el espejo, tenedor sobre pared descarapelada, labial sobre fotografía de Juan Pablo II colgada detrás de su cama, dedo sobre tierra del patio a la hora de tomar el sol. Buscaba en cada rincón del hospital la manera de salvar a su hijo. Entonces encontró el pabellón de niños. Decenas de dibujos pegados sobre las ventanas. Cientos de papeles y lápices de todos los colores a su disposición; y quizás también algún pequeño genio que quisiera ayudarla.

Sus ilustraciones encajaban perfectamente con el lugar. Gruesas, tensas y disparejas líneas que parecían la obra de alguien de seis años y no de veintinueve semanas de embarazo. Algunos de sus compañeros dibujaban mejor. Ninguno la criticó. La mayoría la animaba a seguir. Qué lindos ojitos, decían. Dibuja muy bonito, señora. Yo le ayudo con los detalles. Mire, así se hace una nariz. Esos cortos días fueron lo único bueno de todo su embarazo.

Un mes más tarde, como era de esperar, su técnica no había mejorado. Todos lo notaban. Nadie lo dijo. Hasta que apareció la mocosa. Un impertinente demonio de diez años que tuvo la osadía de preguntarle: ¿qué está dibujando?

—Una cara.

—¿De un chancho?

—No, de tu mad... —respondió entre dientes.

—¿Hace cuánto dibuja, señora? La ignoró.

—Señora, ¿hace cuánto dibuja?

Ella no era una señora, tenía 21 años.

—¿Señora? ¿Hace cuánto dibuja?

El lápiz empezó a hundirse en el papel con más violencia en cada trazo.

—¿Hace cuánto dibuja?, ¿hace cuánto, señora?

—¡Hace tres meses! ¿Para qué quieres saber?

La niña siguió con los ojos clavados en los garabatos.

—Se nota.

Se alejó dando saltitos.

Marcela explotó en cólera. Ni siquiera su madre había logrado enojarla tanto. Su mano izquierda estaba poseída. Quebró el lápiz como si fuera un palillo de dientes. Las uñas siguieron presionando con fuerza sobre su palma. Su puño temblaba. Su cuerpo temblaba. Su vientre temblaba. Cuando se levantó para alcanzar a la niña, se resbaló en un charco de agua que apareció bajo sus pies. La ingresaron de emergencia.

Tiene tres centímetros de dilatación. Podrá haber roto lo que quiera, pero así no va a ir a sala de partos, indicó Pérez. Aquí yo soy el experto. Marcela agradeció, por primera vez, la ineptitud del doctor. Era su última oportunidad. ¿Le quedaban horas, minutos, segundos? Iba a intentarlo hasta el final. Pidió que la dejaran sola. Que todos esperaran en el pasillo. Además exigió un lápiz y una hoja de papel. Se veía tan molesta que ni Alejandro, ni Pérez, ni las enfermeras, ni su madre se atrevieron a negarse.

Por la forma en que tomó el lápiz parecía que iba a apuñalar a alguien. Era la única manera de sostenerlo mientras luchaba con las contracciones. Cerró los ojos. Dejó que su mano se moviera con libertad. Otra contracción. Se quebró la punta. Tomó el pequeño trozo de grafito entre su dedo índice y pulgar. Continuó con la tarea. El sudor empezaba a estorbarle. Roberto quería salir ya, pero no era el momento. Todavía no. Debía esperar a que mamá le dibujara una cara. Hizo el contorno. Un óvalo. Otra contracción. Se mordió los labios para ahogarla. Todavía no. Tenía que apresurarse. Empezó de arriba a abajo. Primero el ojo derecho, los pasos de Pérez en el pasillo, luego el izquierdo. La pregunta estúpida: ¿cómo se siente? El silencio, las pupilas, los dedos de Pérez

hurgando su intimidad, los párpados, el miedo de no estar lista, la primera ceja, los nueve centímetros de dilatación, la otra ceja, las enfermeras quitándole la hoja de papel, los gritos para que la dejaran en paz, las pestañas, la sala de parto, los comentarios idiotas de Alejandro que no entendía nada, las mejillas, el trozo de papel que logró ocultar en su mano izquierda, ¿las orejas forman parte de la cara? Las luces, corregir los ojos porque el izquierdo quedó más grande, la maldita de su mamá arrancándole el papelito que había escondido, los garabatos en el aire, el mentón, las órdenes de las enfermeras, respire, los movimientos desesperados para dibujar una nariz que no pareciera un pene, la voz de su madre, las fosas nasales, los camanances, la cabeza de Roberto empezando a salir, el antojo, la seguridad de que algo faltaba, los últimos detalles, la necesidad de más tiempo, las arruguitas de la frente, las pestañas quedaron muy largas, el primer regaño: todavía no Roberto, todavía no, la desobediencia, el dolor, los labios, la boca. La sangre. La sorpresa. El llanto. De todos.

Los hombres no deberían orinar sentados

I

Nos estamos pasando de casa. Mamá es la encargada. Se está llevando las cosas de a poquitos. Empezó por el baño del segundo piso: la ducha, el espejo, las cremas, la tina, el papel higiénico, la fuga detrás del lavamanos, la pelota de jabón formada por todos los jabones y los pelos del desagüe. Dejó el olor a shampoo barato. Si uno se acerca un poquito todavía se percibe. Pusimos en la puerta una cinta amarilla como las de los policías para recordarnos que ahí ya no hay nada. Ahora solo usamos el baño de abajo.

Papá dice que mamá regresa cada semana. Es difícil adivinar el día. Su visita es tan misteriosa como lo que decide llevarse. Nunca se sabe si va a ser algo grande o algo chiquito. Una noche solo vino por un cereal. Otra, empacó los juguetes, el collar y la vida del gato. Seguro ahorita va a venir por el cuerpo. Lo guardé en una cajita para ayudar un poco.

Actualmente la mudanza está enfocada en mover las cosas de papá: el corta uñas, el desodorante, la ropa limpia, el trabajo. El viejo se ve cada vez más vacío. A él ya no parece importarle. Desde que se llevaron el chorro todo le da igual.

Papá antes orinaba con la puerta abierta. A distancia. Sin bajar la tapa después de subirla. Calculando que sus gotitas cayeran en el punto exacto que iniciara una pelea. Ahora se encierra por horas en el baño de abajo. Maldiciendo a mamá por lo que nos hizo. Yo le recuerdo que solo es una mudanza, que pronto todo va a volver a ser como antes, que no llore. Él me responde que no está llorando, está orinando sentado. Gotita por gotita. Porque no tiene chorro.

Por las noches lo escucho salir del cuarto. A comer algo supongo. Aunque nunca lo oigo entrar en la cocina. Escucharlo no me da tanto miedo. Sus pasos son lo único que no se han ido. Por el sonido de las tablas, lo imagino caminando con la espalda torcida, apoyando su brazo derecho contra la pared, arrastrando el pie izquierdo, igual que un borracho.

A veces pienso que se fue de casa. Y que cuando se fue dejó la puerta abierta. Y que por esa puerta entró este señor con el que estoy viviendo ahora. Un señor que camina parecido a papá, pero nada más.

Es increíble lo que orinar sentado puede hacerle a un hombre. No quiero que me pase lo mismo.

II

En la escuela, Sebas da lecciones para aprender a escribir el nombre propio con meados. Empiezan después del último recreo. Es un poco caro. Asegura que el precio lo vale. Antes de que termine el año voy a aprender a controlar la presión, la dirección, la duración, la cantidad y la distancia. Resultados garantizados.

Verlo orinar me da envidia. Hace poco aprendí esa palabra; envidiosa, pero es parecido. Así le dijo la maestra a Nadia cuando le rompió la nariz a Toño porque no quiso prestarle un lápiz: envidiosa. Yo no le quiero romper el pito a Sebas. Solo quiero robarle el chorro. Dejar de mearme en los pantalones cada vez que apunto de lejos. Hacer todo lo posible por no terminar como el viejo que ahora vive conmigo.

La primera lección y la más importante es apretar las nalgas. Sebas me toma de la mano para que las sienta. Cuando las aprieta, el chorro se alarga. Si las afloja se forma una parábola. Otra palabra nueva que aprendí. Tiene dos significados. En mate es una curvita que no sé para qué sirve. En religión es una historia cortita que contaba Jesús. Tampoco entiendo para qué sirve. No me gustan ese tipo de palabras.

Papá no leyó la carta que enviaron de la escuela. Yo sí. Lo citaban a una reunión porque me sorprendieron tocándole el culo a un compañero. No mencionaba nada de las clases para aprender a orinar como los hombres, a pesar de que se lo explique varias veces al director. Los adultos solo escuchan lo que les conviene. Y lo que no les importa.

Aceptó ir para que dejaran de llamarlo. Se rasuró la barba y se lavó los dientes. No se bañó. Llegó con una actitud diferente,

como si yo todavía le importara y él fuera alguien que orina normal. Escuchó con atención al director y le prometió que se encargaría del asunto. Al salir de la oficina me pidió que no le diera más problemas. Regresamos a casa en silencio. Entonces lo noté. Mamá también se había llevado los pasos.

III

Desde hace un mes llegan encargados de la mudanza cada miércoles. Casi siempre vienen por el agua. Papá negocia con ellos para que se lleven la pantalla, las sábanas, la vajilla o algo de la cocina. Entonces me dejan bañarme otra semana. El Internet y la luz se los llevaron sin avisar.

La casa desierta me gusta un poco más. Sin muebles, ni cortinas, ni fotos en blanco y negro de parientes muertos. Son más bonitas las grietas, el polvo, la filas de hormigas avanzando como si también estuvieran mudándose. El eco. No sabía que teníamos eco. Ojalá que en la casa nueva también haya. Es bonito hablar y sentir que alguien me responde.

IV

Sebas me ofreció clases privadas después de la escuela. Sugiere que sean en mi casa porque su madre me odia. No quiere que su hijo se junte con un culiolo. ¿Qué significa esa palabra? No sabe. En el diccionario tampoco aparece. A mí me suena como el nombre de un dinosaurio.

Le expliqué que no me dejan llevar visitas. Por la mudanza. Acordamos que terminaríamos las lecciones en la calle, por un costo más alto y sin tocarnos. Todas las instrucciones me las va a dar por escrito. Eso me funciona. Puedo practicar en mi baño y si tengo suerte con el viejo. Tendría dos chorros en la casa nueva, pero después podemos regalar uno.

V

Los culiolos no son dinosaurios. Siguen sin explicarme qué son. Esta vez no me dejaron entrar en la oficina del director. Los veo a

través de la puerta de vidrio. Se escuchan gritos. Papá está concentrado en la grapadora roja del escritorio como si estuviera viendo un partido de fútbol. El director agita las manos y se sonroja como si fuera mi mamá. Una vena con forma de gusano se le marca en la frente. Parte de su saliva queda atrapada en la barba de papá, muy cerca de las migajas de pan del desayuno del sábado. El hombre con corbata mira con asco al hombre sin chorro. No logro descifrar si es por el olor. Discuten de varios temas. Mi mala presentación, mi ropa sucia, mis calificaciones. Pero sobre todo hablan de mi tarea de español: La extinción de los culiolos. No leyeron el cuento completo. Solo el título bastó para ofender a la maestra, a la señora de limpieza, al consejo de padres y a la mamá de Sebas. La única señora que nunca habla, ni molesta, ni se queja, no piensa detenerse hasta que hagan algo conmigo. Papá sigue perdido en la grapadora como descifrando cuántas grapas tiene dentro. Yo creo que son ciento setenta y ocho.

VI

Sebas ya no me va a dar más clases. Ni él ni los profesores de la escuela. Como soy una mala influencia me expulsaron. Eso quiere decir que ya no puedo volver. Es confuso porque en el diccionario expulsar significa obligar a alguien o algo a salir de un lugar. A mí no me sacaron ni obligaron. Solo no me dejan entrar. Hasta que un adulto responsable me acompañe. Les expliqué que el único que conozco está poniéndose gordo y feo. Mi respuesta le parece graciosa al guarda, pero no me abre el portón.

VII

Papá hoy despertó diferente. Me grita que vaya a la sala. Su voz se escucha igual a la que tenía antes de empezar la mudanza. Me dice que nos tiene una sorpresa a mamá y a mí. Había olvidado que ese término existía. Sorpresa es una palabra bonita. Bajo corriendo las escaleras. Piso fuerte para comprobar que no se hayan llevado el eco.

En el centro de la sala vacía hay una caja de cartón gigante. Casi de mi tamaño. Tiene mi nombre escrito con un pilot de tinta azul.

Hoy me voy a mudar con mamá. El viejo contrato señores de otra mudadora para que me lleven. Me pide que vaya a recoger lo que me haga falta. Cuando baje va a embalar-me. No sé qué quiere decir eso. Más tarde busco la definición. Estoy tan contento que quiero abrazarlo. No me deja porque mamá también se llevó los abrazos.

Por dentro la caja no es tan grande como parecía. Apenas quepo de cuclillas. Dejé la mayoría de mis pertenencias afuera. Solo me llevo lo esencial. Saco más cosas para que el viejo pueda entrar. No quiero dejarlo solo. Iríamos muy incómodos pero podríamos sorprenderla juntos. Me dice que necesita ajustar los últimos detalles. Además, ¿quién recogería mis legos, mis diccionarios, mi ropa sucia y el cuerpo del gato? Me da pena que solo él no reciba una sorpresa hoy. Antes de agacharme para que cierre las tapas, me decido. Tomo la única cajita que conservo y se la regalo. La agita un poco para adivinar el contenido. ¿Por qué gotea?, me pregunta. Es otra sorpresa, le contesto. Para vos. Creo que te va a gustar. Me hundo en la oscuridad del cartón emocionado al imaginar la reacción de papá y mamá cuando abran sus respectivos paquetes. Hoy será un gran día.

Casi una niña

A esta hora la casa está muerta. La luz no existe. Los ruidos se guardaron en gavetas. Nada se mueve. Nada parpadea. Nadie. La familia completa mantiene la misma posición durante las próximas seis horas y media. Papá y mamá, abrazados, por costumbre no por amor. Sonia, en la parte inferior del camarote dándole la espalda a su hermano, orina, por miedo no por la edad. Julián, mira a su hermana, de pie, inerte, despierto. Las noches son una rutina. El desayuno una tregua.

Cuando la casa revive Julián recupera los párpados. Un tic lo obliga a hacer una mueca tierna e inofensiva cada trece segundos. Una cara de estornudo sin sonido. Un niño con ojeras.

De día Sonia lo quiere. No sabe si de verdad o por obligación. Papá y mamá le recuerdan que el Julián que parpadea es su hermano. Del otro Julián no hablan. Ni siquiera con los médicos. Visitan uno nuevo cada semana. La cuenta va por veinticuatro. ¿Qué tiene nuestro hijo? Escuchan lo que es, no lo que quieren oír. Los remiten a otro especialista. A un experto que tampoco sabe, que solo repite, que cobra más caro.

La mayor diferencia entre la mañana y la noche es la atención a Julián. Cuando hay sol no lo ignoran. Papá lo baña, mamá lo viste y Sonia le da las medicinas: pastillas, homeopatía, gotas para los ojos. En la escuela lo lleva a sus clases, cuida que no se salte las meriendas, ni se orine en los pantalones, ni coma hormigas, ni se toque en público. No lo hace ella sola. Sería mucho trabajo para una hermana menor. En el recreo de medio día le paga la rarita para que lo cuide. Es la única que puede controlarlo. Si el niño se pone loco, la rarita le enseña una mancha llena de pelos que tiene en el pecho y lo calma, lo hipnotiza. Los fenómenos se entienden.

Durante esos diez minutos Sonia descansa. Se da permiso de ser niña. Una niña que duerme con el sol en la cara. Y sueña con ser hija única.

¿Cómo estuvieron las clases? Primero babas, luego monosílabos. Un bebé aprendiendo a hablar. Sonia lo limpia y traduce. Les

cuenta a sus padres lo que hizo su hermano: la clase de deportes, la escultura amorfa, los dibujos verdes, el recreo, la amiguita. Omite la parte del pago, de la enagua levantada, del bulto en el pantalón. ¿Y a vos cómo te fue? Julián responde por ella. Se moja más la camisa. Cuando está emocionado la saliva no miente.

Antes de regresar dan vueltas en círculos. Un paseo repetitivo. Una mano sostiene el sueño. Si la mano se suelta los ojos se abren. Un dedo en la boca. La noche los alcanza en carretera.

Mientras la casa agoniza los niños comparten con sus padres. Lo que hacen no es tan memorable como para convertirse en recuerdo, pero al menos los entretiene. Ríen, hacen la clase de estimulación, cenan, ven una película y se despiden de Julián hasta la mañana siguiente. Se transforman en una familia de tres y un extraño que baja del camarote.

Papá y mamá lo escuchan saltar. No se levantan. No son tan fuertes. Antes de Sonia Julian los miraba a ellos. Compraron un camarote sin escaleras para frenarlo. Tuvieron una hija para que mirara a alguien más. No son malos padres. Si fuera agresivo... si fuera peligroso... No son malos padres.

Sonia está harta de temerle. No va a ceder más terreno. Las horas de luz son suficientes. Quiere dormir más que un recreo al día. Se obliga a enfrentarlo. Al cabo de pocas semanas deja de darle la espalda.

La primera vez que se atrevió a mirarlo fue una sorpresa. Su hermano no se parecía en nada a su otra versión. Para empezar este niño parecía no tener párpados. Contó hasta doscientos y no lo vio cerrar los ojos ni un instante. Tampoco tenía tics, ni se babeaba, ni la avergonzaba. Era un maniquí que respira. Una cara que no le daba asco. Un hermano que podría caerle bien.

Descubre además que no la mira a ella. Está enfocado en algo ¿en la pared? Voltea para revisar. Pasa su pequeña mano frente a la cara de Julián y este la esquiva. Los ojos se le mueven rápido de un lado a otro siguiendo algo invisible. Piensa que si no parpadea ella también podrá verlo. Antes de dormir se queda un rato largo sosteniéndose los párpados con los dedos. Cuando se cansa se los pega

con cinta. Imagina ver algo. Solo imagina. Una noche. Dos. Las suficientes para perder la cuenta. Una colección de fracasos. Unos ojos tan rojos como los del Julián de día.

Papá y mamá notan cambios en su hija. Muchos bostezos, poca paciencia. Las calificaciones caen. La hermana ejemplar empieza a desvanecerse. ¿Qué te pasa? La pequeña oculta su secreto detrás de un pellizco. Mientras Julián llora, Sonia vuelve a ser invisible.

Sigue intentando. ¿Qué estás viendo?, le pregunta. No hay respuesta. Toma un banquito de madera y se pone a la altura de su hermano. Mejilla contra mejilla. Piel fría contra piel sudada. Se frustra. Se enoja con esa cosa que no puede ver. No puede ser que hasta algo que no existe la ignore. Se duerme molesta.

Tiene nuevas ideas. Lo tapa con una sábana. Él se la quita. Si ella bloquea la pared la cabeza de su hermano se mueve al techo. Si repite el proceso, ella se ríe.

¿Así se siente divertirse? Ya no se da permiso de ser niña. Lo es sin darse cuenta.

Julián también cambia. Llega a casa sucio, con la boca llena de tierra, los pantalones mojados y poco apetito. Los médicos dicen que está deprimido. Preguntan si algo cambió. Sonia, comiéndose las uñas, levanta los hombros. Corre su habitación. Se encierra. Una bestia enfurecida intenta derribar la puerta. Papá doma la bestia. Mamá intenta hablar. Se acuesta junto a su hija. Las dos descansan.

La distancia que se acorta de noche, los está separando de día.

Un mordisco. Sangre. Una pelea de hermanos. El mayor está celoso, de él mismo, de su versión que no conoce. La menor lo está cambiando. Los dientes son más contundentes que las palabras. Sonia empieza a hablar el mismo idioma. Los golpes ya son parte de la familia.

La distancia que se acorta de noche, está separando a la familia.

Papá culpa a su esposa en silencio. Es demasiado permisiva. Muy suave. Debieron amarrarlo a la cama. Inyectarlo. Darle pastillas para dormir hasta que finalmente se durmiera. La mujer piensa lo contrario. Papá es un cobarde. Nunca se despertó para ayudar

a su hijo. No dejó que Sonia durmiera con ellos por miedo a que Julián volviera a mirarlos. Tampoco accedió a buscar una casa de tres cuartos para separar a los niños. Van a terapia familiar.

La única que acepta reconciliarse es Sonia. Lo hace con el Julián que no interrumpe. Lo perdona. Le cuenta su día. Creó que la escucha. Juegan. Una hermana con un hermano. Una niña con un juguete. Los juguetes no lastiman, ni avergüenzan. Se dejan peinar, pintar las uñas, cambiar la ropa, abrazar. Con algo de práctica también abrazan. Una hermana abrazando a su hermano. Una niña abrazando a un extraño.

Un viernes por la tarde la piel no aguanta más berrinches y se abre. Deja salir todo lo que tiene dentro. La familia completa corre al hospital. Esta vez no atienden a Julián.

Las dieciséis puntadas no logran cerrar la herida más importante. Los adultos se pelean la custodia. Ambos quieren salvarla. De la negligencia del otro, de Julián. Sonia no merece sufrir. La niña los escucha pelear de noche. Ya nadie disimula que duerme en esa casa.

La sentencia. Un hijo para cada uno. O los dos con mamá. Más gritos. Más problemas. Uno tiene que salvar a Sonia. La niña tiene que salvar a la familia.

La pequeña decide dejar de ser niña y arrancar el problema de raíz. Lo que debería hacer un adulto. Mira la pared una última vez. Le dice a Julián que siempre imaginó que ahí había algo verde que no tiene forma. ¿Es eso? Silencio. Un beso. Una lágrima. Se toca la cicatriz y pide perdón.

El hombre en el sillón de la sala y la mujer en una cama matrimonial que le queda demasiado grande escuchan lo mismo. Un saco que cae. No suena como Julián bajando del camarote. Es un golpe seco. Nada de qué preocuparse. Un sonido nuevo. Julián a veces está más inquieto. Al amanecer van a la habitación. Abren la puerta. Se arrepienten. Se arrepienten de todo: de abrir la puerta, de comprar un camarote tan alto, de no ser buenos padres.

Juguemos a ser felices

De niño a mamá le gustaba fingir que podía hablar. Tomaba un directorio telefónico, lo abría en cualquier página y empezaba a mover la boca como si palabras de verdad estuvieran saliendo de ella. Yo simulaba entenderla. A veces reíamos al mismo tiempo. Me gustaba imaginar cómo se escucharía su voz diciendo cosas insignificantes: mariposa, barro, laberinto. Pero mamá no podía hablar. Papá no la dejaba. Para cuidarla. Para cuidarnos a todos.

Él mismo me lo explicó. Mamá tenía cosas más importantes que decirme y pocas palabras para hacerlo. Cada cierto tiempo en mi familia aparece una extraña enfermedad. Quien la padece nace con un número limitado de palabras para toda su vida. Al alcanzar esa cifra, la persona muere. La novena en contraer ese mal fue mamá.

Papá nunca quiso decirme cuántas palabras le quedaban a ella cuando yo nací. Lo que sí me contó fue que gastó dos para bautizarme. Otras ocho regañándolo a él porque me estaba cargando mal. Cinco más para agradecer a los doctores y un seguimos en contacto, para despedirse de sus compañeras de habitación (a las que jamás volvió a ver) el día que le dieron la salida del hospital. Habló de nuevo seis años después. Fue la primera vez que yo la escuché.

Un susurro apenas. Casi imaginario. Casi perfecto. Feliz navidad, amor. Un beso. Un niño llorando en navidad. Un papá molesto por la imprudencia. Desconsiderada. Él es un niño, vos no. Pensá, pensá en lo que estás haciendo.

Egoísta. Un portazo. Un castigo para los dos. Una mamá encerrada en su cuarto. Un niño a casa de sus abuelos por dos semanas.

Cuando regresé me tenía un obsequio. Era un diccionario escrito a mano para que pudiera entenderla mejor. Trece términos en desorden. Todos sinónimos: planchar, cocinar, baile, pellizco, ravioles, jugar, nalgada, callar, violín, lavar, escuchar, silencio, amor. Papá se enojó de nuevo. Escribir también le restaba palabras.

No lo vuelvo a hacer. No lo mandés por favor, gritó desde el cuarto donde la encerró papá. Se ponía muy mal si me enviaban

donde los abuelos. No le gustaba esa casa. Las cosas que pasaban ahí. Tampoco le gustaba papá. Aunque vivir con papá era mejor que con el abuelo. Por eso se casó rápido. Con el primero que tuvo oportunidad. Fue lo último que dijo antes de callarse por dos años para protegerme del castigo.

El día que el abuelo murió regresaron las palabras. También los juegos.

Jugábamos muchas cosas. La mayoría en silencio. Un día éramos mimos; al otro domadores de hormigas. Su juego favorito era convertirnos en ventrílocuos. Ella se pintaba dos líneas en las comisuras de los labios, se delineaba los ojos y los abría grande, se despeinaba las cejas y el pelo, se sentaba en mis regazos. Luego, la muñeca gigante caía inerte sobre mi cuerpo. Sus brazos sin alma ni huesos solo se movían para hacerme cosquillas. Al presionarle la nuca, abría la boca y la movía de forma divertida, intentando que sus muecas calzaran con las cosas frases que yo inventaba.

Yo prefería jugar a ser felices.

El juego consistía en actuar como una familia normal. Un día al año nos permitíamos conversar de cualquier cosa. Las palabras eran infinitas y la muerte un concepto que no existía. No había enfermedad ni silencios incómodos. Yo me daba el lujo de ignorarla mirando el teléfono o la televisión. Papá no se enojaba. Hasta se veía feliz y enamorado, como si de verdad la quisiera. Nunca entendí por qué no se lo dijo, si él podía decir cualquier cosa.

Yo aprovechaba para preguntar lo que evitaban responderme el resto del año. Ella improvisaba lo primero que se le ocurriera. Mamá, ¿cómo se hacen los bebés?,

¿abuelo está en el cielo?, ¿por qué no te gusta hablar de él? Con la pregunta incorrecta se terminaba el juego.

Solo jugamos a ser felices tres veces. La última vez, antes de irme a dormir, le pedí que me contara un chiste. Ella se quedó mirando el suelo como pensando en algo. Durante unos segundos movió su pie en círculos, meditando lo que iba a decir, sin importarle que eso iba en contra de las reglas. Ese día no se pensaba. Se hablaba

sin pensar. Apagó la luz de la habitación y al salir me dijo: vos sabés que te quiero,

¿verdad? Yo también mamá, respondí. No dijo nada más, nunca más. Le quedaban cuatro palabras.

Murió ayer. Dieciocho años después del último juego. Dormida según papá.

¿Dijo algo? No sé, yo también estaba dormido. Ya no recuerdo como se escuchaba su voz. Dicen que es lo primero que se olvida. Yo creo que era una voz chillona. Bonita. Pero no estoy seguro.

Papá quiere que hable en el funeral. Que le dedique unas palabras de despedida. Yo quisiera hacerlo. Decirle a todos lo que ella pensaba y no pudo expresar. Contarle a la familia de sus sacrificios, de sus respuestas sin sentido, de nuestros juegos. Leerles el diccionario. Hacerle un homenaje como ella merece. De verdad me encantaría, pero no le veo sentido. Si ella no va a escucharme, no merece la pena hablar. No quiero desperdiciar las palabras en otros. Decidí mejor aprovecharlas en mí, en recordarla a ella. Papá, espero que me entendás, quisiera ayudarte con el discurso pero cuando empecé a escribir esto me quedaban novecientas seis palabras, y yo, a diferencia de mamá nunca fui tan.

Creo que me llamo Julio

En diciembre pasado gané el premio mayor del gordo navideño. Lo primero que hice fue subir un video a Facebook en el que me burlaba de la mala suerte de los que aún seguían siendo pobres. Se hizo viral en minutos. Invité a mis vecinos a celebrar. Mamá estaba muy preocupada de que nos robaran el billete. Le dije que lo escondiera bien, que pronto nos iríamos a vivir a otro lugar, lejos de esos “muertos de hambre”. Acto seguido me emborraché con los muertos de hambre. Al día siguiente desperté tarde. Después de mediodía mamá me acompañó a depositar el billete al banco. Nos entrevistaron en varios canales de televisión. A las tres de la tarde fui por última vez a mi trabajo. Renuncié. De todo lo anterior lo único real fue mi renuncia. El resto fue un sueño. No fue la primera vez que me pasa. Me parece que tampoco fue la última.

Así que estoy desempleado. Confundido. Acostumbrado. Sí, acostumbrado, porque algunos de mis sueños son muy reales y mi vida, demasiado extraña. Creo que me llamo Julio, porque la mayoría de mis amigos me llaman así, pero mamá dice que no tengo amigos porque a veces salgo desnudo a la calle. Aunque siempre pienso que eso es un sueño, al parecer no lo es.

Yo no le creo mucho a mamá, mis post-its solo a veces coinciden con ella. Y mis post-its nunca mienten. Son 138. Todos escritos a mano. Existen dos tipos: los rojos dicen las cosas que he soñado; los verdes, las reales. Solo hay ocho verdes.



Una vez desperté con un sabor a tinta en la boca. Tinta de color azul. Estaba seguro del color. Sentía que gotas azules caían del paladar a mi lengua. Escupí asustado y de la saliva nació un grupo de hormigas. Hormigas amarillas que sabían a color azul. Subieron por la pared en dirección a mis post-its y empezaron a arrancar las letras. Las separaban con delicadeza, sin hacerle daño al papel. Cada hormiga cargaba una sola letra. Las mayúsculas ofrecieron un poco más de resistencia. Quise detenerlas, pero estaba hipnotizado. Marchaban sincronizadas, formando filas. Filas que avanzaban

hacia la ventana con un mensaje claramente legible: “no le creas nada, tu mamá es una hijueputa”. Me reí. Reí a carcajadas hasta que me empezaron a salir lágrimas. También se convirtieron en hormigas. Cuando me di cuenta los post-its estaban totalmente vacíos. Las malditas habían huido por la ventana con todas mis letras. Todo eso me lo dijo un post-it rojo, y ellos nunca mienten. Se sintió tan real que para estar más tranquilo decidí encerrar mis preciados papeles en una pecera sin agua a la que solo yo tengo acceso. Mi vida entera cabe en esa caja de cristal.

Algunas situaciones son fáciles de identificar como un sueño. Sobre todo cuando se trata de mujeres. El indicador infalible es el sexo. Por lo general, si en la primera cita logro llevar a la chica a la cama —cosa que nunca ha pasado en la vida real— justo cuando estoy a punto de venirme... mi mamá golpea la puerta y me grita que despierte. Que vaya a buscar trabajo. Que ella no va a lavar esa sábana.

Entonces apareció Zamira.

La primera señal de que no era un sueño fue que no amanecí en mi cuarto. Lo noté cuando no vi la pecera. Y porque yo estaba desnudo, pero no en la calle. Además ella dormía a mi lado. Desnuda también. No quise ilusionarme, pero era la primera vez que despertaba junto a alguien que no fuera mamá. Bueno, de niño varias veces desperté junto a un payaso. Parecía una pesadilla recurrente, pero mamá y un post-it verde dicen que esa era la profesión de papá. Incluso tengo fotografías de él. Y uno no puede tomarle fotografías a lo que sueña. Eso dice otro de mis papeles verdes. Y ellos nunca mienten.

La segunda señal fue la reacción de mamá. Me preguntó dónde había pasado la noche. No quise mencionarle nada de Zami. Por ahí, le respondí. Ella se preocupó, porque yo era sonámbulo. De eso no tenía registro en mi pecera, así que no le creí. A dónde andabas, muchacho de Dios, me insistió toda la semana. Por ahí, mamá, por ahí.

La tercera señal fue una combinación de las dos anteriores. Durante las siguientes semanas hablé por teléfono con Zamira

todo el día, todos los días. Mamá se molestó, porque la factura llegaría muy alta. Factura que además tendría que pagar ella, porque yo no tenía empleo. En la casa no podíamos darnos esos lujos. Además, según ella, yo era un mantenido con el que nadie real soportaría hablar por más de 30 segundos. Típico de mamá. Tenía muchas ganas de mandarla a la mierda. Un post-it verde me recomendaba no pelear con ella por su problema del corazón. Era el único que no estaba escrito con mi letra, pero era verde. Estaba en la pecera. Y ellos nunca mienten.



Zami es bastante peculiar. Tiene el cabello corto. Pómulos muy pronunciados y una voz bastante molesta. Por suerte es callada. Dice que prefiere escucharme. No le gustan las fotografías. Tampoco las redes sociales. Vive sola hace tres años. Trabaja en... no sé en qué trabaja, creo que en algo de Forex. Al principio pensé que por eso se me acercó, pero nunca habla del tema. De hecho nunca habla de nada. Eso me hace sospechar de ella. De su veracidad. De su existencia. Eso y la mancha amorfa que tiene bajo la teta izquierda. Una mancha llena de vellos rosados. Ella misma los tiñe. Es la única parte de su cuerpo que no depila. Me dijo que si alguien la aceptaba así, ese era el indicado. Sinceramente cuando vi esa bola de pelos por primera vez pensé que era una pesadilla. Ahora le he agarrado cariño. Algunas veces, después de hacer el amor, le doy un beso de buenas noches a la mancha. En esos momentos Zami sonrío.

Creo que me estoy enamorando. ¿Y si es uno de tus sueños?, pregunta mamá. Por primera vez tiene un punto que mis post-its no pueden debatir. ¿Y si Zami es uno de mis sueños?, me pregunto yo. No, ella no puede ser un sueño. Mis sueños son crueles. Personas y momentos que parecen reales. Me ilusionan por un día y al otro desaparecen. Así son tus amigos, dice mamá. Tus amigos, tu hermana, tus primos, tu abuela... Es que sos muy raro, Roberto. Yo me llamo Julio, mamá. No, amor, te llamás Roberto y sería bueno que fueras a terapia. Claro, cuando consigás empleo, porque yo no tengo plata para más gastos. Apenas me alcanza para mantenernos.

Desde que tu papá nos abandonó porque en su trabajo, de payaso te recuerdo, se burlaban de él, porque su hijo cargaba siempre una pecera llena de papeles de colores. De niño eso estaba bien, pero ya sos un hombre. Seguro que esa tal Zaida o Zalefa o como putas se llame, es un sueño más, y si no lo es, de seguro es una perra que te está sacando la plata que no tenemos, es que hasta nombre de zorra tiene. Además con tus manías ninguna mujer real podría tomarte en serio. Así que anoté todo esto en un papel rojo, dejé de estar pensando en tonteras y andá a buscar trabajo. No es como si nos hubiéramos ganado el gordo navideño. La casa no se paga sola. Despertá de una buena vez. No le respondí nada. No volvimos a hablar hasta el día que nos despedimos.

Tres meses después de esa discusión conseguí trabajo. Un mes más tarde me fui de casa. Me mudé con Zamira. Eso quiere decir que en mi pecera ahora hay 141 post-it; 130 rojos, 11 verdes. Es un buen número. Mi realidad empieza a mejorar. Las cosas están marchando bien. Yo estoy feliz. Zamira está feliz. La mancha peluda está feliz. Empiezo a creer que hasta los post-its están más felices. Algunos tienen una sonrisa dibujada. Me gustaría creer que mamá también lo está. Pero no lo sé porque discutimos el día cuando me fui. Ella insistía que Zamira era un tonto sueño que nos estaba separando. Admitía que sí me había ganado el gordo navideño, pero que me hizo creer que lo había soñado. Si quería el dinero debía quedarme con ella y dejar a la perra esa. Empecé a gritarle. Ya no recuerdo qué le dije. De pronto se agarró el pecho y cayó al suelo. Cuando me acerqué a ayudarla ya estaba muerta. Un grupo de hormigas amarillas con sabor a azul salieron de mis ojos, se acercaron a su cuerpo y empezaron a arrancarle pedacitos hasta que no quedó nada. Por las hormigas decidí anotar el episodio en un post-it rojo. A veces tengo dudas, porque no me contesta el teléfono. Pero ella está bien. De seguro solo está enojada, me convenzo. Ella está bien. Eso solo fue un sueño. Lo dice un post-it rojo. Y ellos nunca mienten.

Mención honorífica

Manuel Antonio Umaña Campos

Escenas

Ya buscamos debajo de la mesa

“Le digo que nos robaron el muerto, ¿que se necesitan 48 horas para empezar a buscarlo? Le repito que nos robaron el cadáver, el cuerpo. No, no sabemos quién se lo llevó, por eso le llamo señor oficial. Está bien, ya no me paso de listo, perdone. Le repito, en todo momento hemos estado nosotros tres, tres hijos, nadie más lo quiere, tal vez ni nosotros, pero aquí estamos. De seguro que allá arriba hasta mi madre le huirá. Bueno, estoy siendo positivo, señor oficial, porque mi padre no irá al cielo, ni al infierno, no fue tan malo ni tan bueno. Ya sabe, a los tibios ni Dios los quiere. Pero no nos distraigamos, mire señor oficial, nosotros solo salimos un rato a estirar las piernas y lamentarnos por el dolor de espalda, que fue lo único que nos heredó ese viejo mezquino ¿Que fue nuestra culpa por salir? Le digo que no fueron ni 5 minutos. Sí, señor oficial, ya buscamos debajo de la mesa y en el baño. No, no me estoy pasando de listo ¿El nombre de él? ¿Cómo era? No, ahí sí le quedo mal, no le gustaba que lo llamaran por su nombre, porque decía que se lo gastaban. Así que lo llamaban con su primer sílaba, Fe, para ahorrar las demás letras de su nombre. Sí, ni el nombre podía prestar. Quizá solo nuestra madre conoció cuál era su nombre, pero ya sabe, ella no anda por estos lados, y eso de la ouija, parece mala idea, luego no se quiere devolver. Sí, señor oficial, mi madre murió cuando nosotros estábamos: uno jugando con legos, uno en la escuela y yo, en el colegio. Sí, oficial, a mi madre sí la sepultamos normal, como Dios manda. No, ella no se nos perdió.”

Los tres hijos lo siguieron buscando, “está muerto, no se pudo ir muy lejos.” Uno de ellos creyó en la posibilidad de que tal vez no murió, no había terminado de decir esto cuando los otros dos le recordaron que ellos mismos lo mataron y bien muerto. Sentían lástima por su tata, no porque estuviera enfermo, el viejo estaba tan saludable y cuerdo que con facilidad podría vivir otras nueve décadas. Sentían lástima, porque el anciano se aferraba a sus años y no los soltaba. Creían que su padre ya quería morir, sin embargo, no se había percatado de ello. “Es tan tacaño que ni

siquiera considera la posibilidad de desprenderse de sus años. Es nuestra responsabilidad como hijos, debemos darle el descanso eterno”. Todos estuvieron de acuerdo y lo asesinaron. No fue sencillo, el viejo decrépito se resistió hasta donde le alcanzó la edad. Les dio a sus tres hijos tantos golpes, que los dejaba inconscientes, se sentaba, esperaba a que despertaran y volvieran en sí para volverlos a dejar inconscientes. “Es por tu bien mi tata, dejate, todo saldrá bien”. “Callate, a los tres los enterraré meado de la risa”. El viejo pudo seguir en esa batalla sin cuartel durante meses, de no ser por su chancleta que se reventó y lo hizo caer al suelo. No consiguió levantarse, lo abandonó el equilibrio y de inmediato como zopilotes, le cayeron encima el primero, el segundo y el tercer hijo, lo demás no hace falta relatarlo.

“Mis hijos se deben de estar preguntando dónde estoy, pero ni después de muerto podría dejar de venir acá, ya sabés, no puedo irme al más allá sin antes escuchar las vulgaridades de este lugar y tomar del guaro adulterado que vendés. Tenía que venir, no como fantasma, eso es un cliché barato, pasado de moda. Necesito sentarme aquí con mi cuerpo en descomposición, por supuesto, pero con ambos pies, ambas manos, y las puñaladas alrededor de mi torso propiciadas por mis hijos ¿Las querés ver?, ¿no? Cría cuervos y te sacarán los ojos. No me duele tanto el que me hayan matado, sino todo lo que gasté en ellos para terminar así, hasta me asesinaron con mi propio cuchillo, así que de cierta manera, pagué por mi muerte y eso es lo que me da rabia. Pero no hablemos de muerte, que ese tópico todos los pseudoescritores lo manosean demás”.

El cantinero, claro, no podía disimular su asombro, “a fin de cuentas no cualquier día se habla con un zombie”. Fe lo volvió a ver y en un arrebató de ira se deshizo el nudo de su corbata (gesto que desde que lo vio en el televisor, copió al instante para reforzar sus rabietas). “Que dejés de ponerle nombre a esto, no necesito una etiqueta, solo soy un pobre muerto que vino aquí, más por costumbre que por otra cosa. Si en las historias que me leía mi padre antes de dormir, un hombre caminó y entró a su casa con sus vísceras en sus manos, ¿por qué carajos yo no puedo estar acá y ser

simplemente Fe?” El cantinero sacó la botella. “Bueno, supongo que tendrás tiempo para otro traguito, este lo invita la casa” El muerto sonrió con la misma ironía que le caracterizó de vivo. “Al contrario, ya voy tarde para mi velatorio, me deben de estar buscando. Para ellos debe de ser trágico, tanto que les costó matarme como para que perdieran mi cadáver. Seguro que están quejándose que es una falta de cortesía hacerlos aguardar hasta en mi velatorio.” Al levantarse para irse, el cantinero hizo el intento de abrazarlo, sin embargo, al acercarse pudo constatar, por su olor a podredumbre, que de verdad su amigo estaba más allá que acá. Dio tres pasos para atrás, contuvo el aire con los cachetes a punto de reventar, le deseó un buen viaje y le dijo que se cuidara. Fe, sin inquietarse, se acomodó la corbata como actor de Hollywood. “Ya estoy muerto, ¿qué más puede pasarme?” El cantinero agarró un vaso y comenzó a limpiarlo con un trapo sientodose inmerso en un western. Esto lo realizó para darle más impacto a su respuesta: que ahí afuera nunca se sabe qué puede pasar. “Por más muerto y eso, siempre podrán sorprenderte nuestras calles, mi querido Fe”.

“Aló, aló, ¿hablo en la estación de policías? Hace rato llamé, sí, exacto señor oficial, soy el que perdió al muerto, pero yo no lo perdí, él se escapó. Deberían hacer algo, supongo, ¿que están sin gasolina para venir y que si queremos, ustedes hacen la inspección por teléfono? Entiendo, entiendo, si es lo que queda, peor es nada. Como siempre dijo mi madre: a más no haber, me conformo con mi querer.” Al momento en que el hijo mayor, hablaba con el oficial, los menores salieron a buscar el cuerpo de su padre, tal vez se sentía incómodo en ese ataúd y salió a estirar sus piernas repletas de várices y a quejarse por ahí del dolor de espalda. “Sí, señor oficial, mis hermanos fueron a buscarlo, exacto, estoy de acuerdo con usted, debido a su condición, no pudo ir muy lejos ¿Quiere que le hable de él? Pues, era muy tacaño. No me llame idiota, disculpe usted, no sabía que se refería a su textura y esas cosas. Era alto, muy alto, tanto que se acostumbró a jorobarse, al principio, para poder saludar a los demás, luego para verse más poético así jorobado, decía él. Su cara no tenía ningún

rasgo distintivo, es como si miles de rostros habitaran el suyo. Perdón, ya no me pongo literario. Sí, perdón por repetir todo lo que usted dice señor policía, es inevitable, es una manía que tengo desde pequeño. Es como si quisiera comentarle a otras personas, que no lo pueden escuchar a usted, lo que me dice. Cosas de uno. Le pido que lo entienda, porque lo voy a seguir haciendo mientras hablemos. No, por favor, no me cuelgue.”

El primogénito daba vueltas por el lugar, ya se atragantaba del estrés. Aunque si los tres hermanos se hubieran ido sin importarle que no estuviera el difunto, nadie se percataría de ello. Ni una sola persona se presentaría en la vela, ni iría al funeral, aun así, ellos querían velarlo, porque a lo mejor, en el fondo lo apreciaban un poco, o la compasión les hacía creer esto. Los hermanos menores debatían esto mientras le seguían la pista a su padre. “De igual forma, es probable que no le permitan el acceso al cielo, ni al infierno, ni al purgatorio. Quizá lo mejor es que mi tata no aparezca, tampoco sabemos si el cementerio tenga un campo para él.” Pese a ello, los menores guardaban la esperanza de encontrarlo sin saber, en realidad, por qué o para qué.

De camino a su propio velatorio, una motocicleta se detuvo a la par de Fe y de ella se bajaron dos hombres que le pidieron el reloj de oro, el saco, la corbata, los zapatos y todo lo que tuviera. Él se resistió a ser atracado, por lo que los asaltantes sacaron una pistola cada uno y procedieron a ejecutarlo, de nuevo. Después de un rato, Fe se levantó del caño en que lo dejaron los atacantes, no se observó las nuevas heridas, pero se imaginó que las de bala se acoplaban a la perfección con las de cuchillo. Pensó que ahora su torso sería un rompecabezas o un cuadro surrealista de esos que la gente mira con caras profundas durante horas sin comprender nada. “Malditos, ni muerto se puede caminar tranquilo”.

Transcurrida una hora y veintitrés minutos desde que se despidió del cantinero, llegó a su vela. Entró con la normalidad de quien se hace esperar y lo disfruta, tenía la certeza de que sus hijos lo estarían buscando, aunque ellos mismos lo mandaron al descanso eterno sin siquiera preguntar. Fe, vestido solo con una camisa

blanca de manga larga, un bóxer liso de color café y calcetines del mismo color, miró a su hijo mayor con su oreja hundida en el celular. “Les agradezco por ponerme ropa interior para enterrarme, sin embargo, todo lo demás se lo llevaron esos malditos.” El hijo mayor sintió un alivio honesto al ver a su padre. “Ya no, señor oficial, ya llegó mi padre.” Fe se asombró de que llamaran hasta a la policía, y de inmediato quiso que su hijo le dijera al oficial que quería interponer una denuncia por asalto. “Que dice mi padre que quiere poner una denuncia, sí, dice que lo asaltaron. Ajá, ajá”. Tapó el micrófono del celular con la mano y le transmitió el mensaje del policía “Dice que lo dejés así, que igual todo eso no te servirá en el otro lado, que mejor lo disfrute alguien vivo. Además, la ley funciona con los vivos, con los muertos ya no.” Fe sintió, por primera vez, lo que es ser discriminado. “Más bien” acotó su hijo, “manda a decir el señor oficial, que te amarremos las manos y los pies, que quedás bajo arresto por resistirte a la defunción y por autosequestro.” Una vez amarrado, sin que el imputado se opusiera, el hijo mayor lo metió al ataúd y cerró la tapa. Al terminar esto, sus hermanos menores llegaron. “No lo encontramos, quién sabe dónde está.” Su hermano mayor los vio con una sonrisa en parte desconsolada y palpó el cajón y cárcel de su tata. “Ya está aquí, ya”. Sus hermanos se acercaron temerosos con los nervios reunidos en sus respectivas nuca “¿Y seguirá saliendo?”.

“Ya veremos”.

Tesis sobre la otra mejilla

“Dele, dele, corra, mae.” Aunque nos neguemos, nos agarran la otra mejilla para encajarnos otro puñetazo. “Pero corra, mae, corra”. A veces ni sé para qué demonios corro, siempre me alcanzan y me muelen a palos. “Bueno, mae, yo voy a seguir corriendo, se me cuida, hasta la próxima”. Otra vez, él se salva, lo veo alejarse después de golpear su puño una vez contra su pecho para simbolizar que sigue conmigo. Cabronazo, cabronazo, que le vaya bien, por lo menos, mejor que a mí.

Corrimos, huímos de nuestros respectivos papás cuando éramos carajillos, a él no lo alcanzaban, se escondía, volvía a las semanas y nada. Al principio, yo hacía lo mismo, pero a mí me tocó el tata que no olvida, y entre más tiempo me perdía, más duros eran los golpes, por lo que opté por entregarme antes. “¿Por qué nos haces esto a tu mama y a mí?” Desde carajillos, me meto en problemas por este cabronazo, hay que decir que sus planes siempre son irresistibles. Robábamos en la pulpería del barrio que era de mi tío. Viejo maldito, con qué cara le dice a mi tata que soy una rata, cuando él le robó todo lo que pudo a mis abuelos. Unos míseros chicles costaban una buena golpiza. “Mis tatas solo me dijeron que no lo hiciera de nuevo, porque me iba a echar de la casa”. Ciertamente, al cabronazo lo echaban de la casa, pero él no les hacía caso, se fue de casa cuando quiso. “Tu tata es como violento” Me decía cuando me observaba todo golpeado. Mi amigo, aparte de cabronazo es todo un Sherlock Holmes, de igual manera lo aprecio, de igual manera lo sigo en sus planes, de igual manera le deseo las mejores de las vibras cuando continúa corriendo y yo me quedo inmóvil.

Crecimos, él se casó, yo por mi parte hice lo mismo. Él es infiel, ella le es infiel, mi esposa también me es infiel y yo le soy infiel, todo normal, si no fuera porque cada vez que soy infiel, ella me golpea con fuerza de una estampida de caballos. Se le debería caer la cara de la vergüenza. Como dato adicional, tengo la suerte de que cada esposo me descubre en el acto con su esposa, y a

ninguno le da por ponerse a llorar, no, a ninguno le resbala, tampoco a ninguno le pasa por la cabeza unirse al acto, yo lo aceptaría. La reacción obvia es la de colisionar mi cara o mis costillas con lo primero que se encuentren, hasta dejarme medio muerto. Reconozco que está mal, no valen la pena esos encuentros por las golpizas, pero el cabronazo de mi amigo lo hace. “¿Y si él se tira por un puente, usted lo sigue?” mi mama siempre tan contundente. La verdad, si el cabronazo se avienta, nos aventamos dos. No lo niego, espero que jamás se aviente, no por mí, sino por él, por más cabronazo, sé que va a lograr algo importante, yo soy su Sancho. Reconozco que él es el protagonista, yo soy el de reparto y no tengo problema con eso.

El cabronazo entra a mi casa, desde pequeños es él quien entra a mi casa. Ya en sus gestos faciales reconozco el plan de cada día. Hablamos en código para que mi esposa no lo adivine. Sin embargo, el problema es que siempre usamos el mismo código, desde antes de salir noto que ella ya alista sus nudillos. La dejaría, pero el cabronazo no se ha divorciado, entonces yo tampoco. “Mae, qué bonitas son las olas del mar” Tampoco somos los más inteligentes creando conversaciones en código. Ya con esa frase mis piernas se electrifican, me cambia el semblante de ser un personaje golpeado, me posee la hiperactividad y no lo niego, aunque ya mi esposa sabe, todos pensamos que es un secreto. “Mae, qué bonitas son las olas del mar” significa que vamos al Tritón, el prostíbulo más cercano. Entramos, él, como siempre, se adelanta, lo veo alejarse, adentrarse en la espesura de Tritón. “Bueno, mae, ahorita nos vemos”. Me quedo, espero a modo de presa. Dato adicional, por alguna razón, mi cara es golpeable en el acto, por lo que termino pagando por una golpiza que se sale de control.

“No deberías entrar”. En eso tiene razón, si lo hubiera dicho antes de abrir la puerta, hubiera sido una gran idea. Me lo dice cuando tengo medio cuerpo adentro sin oportunidad de desviar la mirada sobre mi camisa desabotonada. “Corra, mae, corra”. Ya nada se le puede hacer. El cabronazo golpea dos veces su puño contra el pecho. “Éxitos, mae, después nos vemos”. Podría pedirle

ayuda, claro, no serviría para nada en lo absoluto. A donde quiera que vaya con él, me van a golpear, sin él, lo mismo. Si nadie lo hiciera, me aterraría la idea de golpearme yo mismo, lo peor es que lo veo muy probable.

“Corra, mae, mierda, corra”. Si no les debemos plata a los policías, les debemos plata a los negociantes turbios, por decirlo de manera bonita. Ambos grupitos conectan duro sus ganchos cuando se trata de dinero. En esta ocasión, no sé a ciencia cierta quién nos persigue, este cabronazo solo me dijo que corriera y yo corro detrás de él. Me preocupa su tono de decirme “Mae, corra, maldita sea, corra”. Suena diferente, preocupado. “Mae, inútil, ¿cómo se va a caer?”. Antes de que el gallo cantara, se golpeó el pecho tres veces con su puño, “Suerte, mae”. Lo veo correr, bien pudo ser corredor olímpico, pienso, o yo soy el peor corredor de la historia.

Resumen de un coffemaker robado

Claro, ya me presenté ante la policía y adiviné, mi estimado, no me creyeron. Me entregué, les confesé el crimen. No me dieron pelota, me dijeron que si seguía de necio me iban a esposar, pero por joder. Un momento, les dije, así con este mismo tono, si me apresan que sea por lo que hice, no por esta pendejada. Me largué indignado, con esta misma cara de indignación, así, mirá ¿Quieres que te cuente mi crimen de nuevo? Ya sería la tercera vez que te lo relato. Sí, yo me acerqué y aunque nada me precisa, como vos decís, no tengo todo el tiempo del mundo, tengo cosas que hacer, no hace falta burlarse, es en serio. Bueno, bueno, yo te la cuento de nuevo, solo si seguís dispuesto a cumplir tu trato. La escuchás, dic-tás sentencia y me imponés un castigo ¿Qué importa que no sepás de leyes? Un castigo que salga de tu corazón o de tu hígado, no hace falta ser un genio para tener sentido de justicia ¿Que en una novela que leíste el protagonista también busca castigo propio por un crimen? Por Dios, amigo, existen tantos criminales, que seguramente muchos de ellos no podamos con el cargo de consciencia, no intento ser novedoso ni original, como mi tata me decía, no invente que ya todo está inventado. Solo necesito un castigo, qué más da que en su novela haya pasado algo similar. Gracias, entonces, vamos de nuevo, te la cuento de nuevo, pero resumida esta vez, ya tengo la saliva espesa y se me lengua la traba. Qué carajo más serio y amargado, fue solo una ocurrencia para romper el hielo.

Vengo de uno de los tantos sitios olvidados, es increíble que en un país tan pequeño, haya una gran cantidad de lugares de cuyo nombre no se quieren acordar. Como sea, al ser así, no teníamos ley, entonces, yo fui por un tiempo la ley, me autoproclamé tomo, paco, policía, pues. Podían confiar en mí, yo los cuidaba, pero lo admito, rápido y sencillo la corrupción me carcomió. Todos hablan, y por supuesto, están en su derecho, pero puta, perdón, es que en serio no tienen la menor idea, porque nunca han tenido tanto poder para saber lo que es corroerse. Entiendo que digás que hablo tonterías. Prosigamos, en pocos meses me endeudé con

unos maleantes por mis nuevas adicciones. Entonces, procedí, al principio, a robar poquitos a como podía, algo para las deudas y otro para mis vicios. Sí, la junta del pueblo me destinaba un pequeño salario que se hacía nada. Llegó un momento en el que las pequeñas amenazas por las deudas, se convirtieron en sentencias de muerte. Podés imaginarte lo asustado que estaba, yo como policía tenía un solo pantalón y apenas los veía, lo estropeaba y me quedaba sin uniforme hasta que lo lavara, lo tendiera y aplanchara.

No tuve otra salida, que aumentar los robos, por el día era la ley, incluso de noche, ya en la madrugada, entraba donde fuera a robar lo que pudiera, entre más caro mejor. Mi nuevo objetivo fue amontonar un poco de dinero para huir como fuera. Claro, no iba a pagar ni una pequeña parte de lo que debía, iba a escaparme y dejarlos con el dedo dentro del culo. Perdón, perdón, sí, ya no digo groserías, fue por el calor del momento, yo nunca digo ese tipo de cosas.

El último atraco que cometí, tuvo, como ya te conté, un detalle. Entré por la puerta trasera que estaba abierta, aunque yo mismo por el día aconsejaba que dejaran nada abierto porque andaban robando mucho en los últimos días. Esa señora no me hizo caso, se lo merece. Perdón, no soy tan cínico, fue una pequeña broma. Al ingresar en la casa, rápido noté que no tenía nada de valor, registré lo que pude sin éxito, salvo por un coffeemaker, se veía casi nuevo y de buena marca, o eso creí, no sé de buenas marcas, a decir verdad. Lo agarré, lo metí en mi bolsa y me dispuse a marcharme. En esos momentos, no se puede perder tiempo, luego llega la policía y uno ahí. Vaya, a vos no se te puede sacar ni una sonrisa, qué terrible, tendrás peores pecados que yo. Ya me iba con un saldo de hurto aceptable, sin darme cuenta de que la señora estaba detrás mío con un bate que no dudó en ajustarlo en mi cabeza, caí al piso. Abuela, le grité desconsolado, ella dudó por un momento, aproveché y le devolví el batazo. Me aseguré de que la vieja no estuviera muerta, huí y por supuesto, no miré atrás.

Estamos lejos de mi pueblo natal, y aún así, esa vieja consiguió la forma de encontrarme ¿Esta es la parte que no entiendes? Bueno, vamos despacio. Te aclaro, la vieja no es bruja, tampoco es un fantasma,

yo no la maté. Creo que por el resentimiento que generó en mi contra, logró aparecer ante mí en espíritu, aunque repito, no está muerta, ¿que cómo lo sé? Ya te dije, me aseguré de que no estuviera muerta. Es simple, la vieja se traslada en esencia, sin cuerpo, hasta donde estoy, me cuenta las nuevas noticias del pueblo y me recrimina el crimen que le cometí. Esto, siempre a las 7:00 de la mañana, me despierta para reprocharme, ni en los feriados me deja tranquilo. Al principio se me hizo excesivo tanto problema por un coffeemaker, hasta después entendí que me echa en cara que por mi culpa, sus hijos le robaron su tesoro. No, no es dinero, es algo que nunca me quiso decir, tampoco es un collar de oro o algo así, no presenta valor monetario, o eso me asegura. Sus cuervos aprovecharon que la vieja estaba inconsciente para ir directo al escondite y saquear ese algo. Ella me lo afirmó, solo sus hijos sabían dónde estaba el tesoro, me escupió que yo era demasiado imbécil para encontrarlo, por lo que sabía que me fui de ahí con el rabo entre las patas ¿Para qué querría robar algo sin valor en las casas de empeño? “Fueron mis hijos, hijos de puto, claro, aprovecharon el desastre para entrar a mi casa, llevarselo, desgraciado, todo por un coffemaker, desgraciado que ni para robar servís. Entraron a mi casa, me vieron tirada en el piso y ahí me dejaron. Eso me contó mi vecina, todo lo vio desde atrás de su ventana. Al rato, volvieron para llevarme al dizque médico, claro, una vez que ocultaron lo que me pertenecía regresaron por mí esos aprovechados hijos de perro. Pero no los culpo, tú eres el verdadero culpable, no lo robaste, pero me jodiste la vida. Debes pagar, debes pagar.” Con esta cantaleta me regaña cada día, hasta que llegamos a la conclusión de encontrar a un buen ciudadano que sirviera de juez, que pudiera darme el castigo que ni ella ni la policía pueden darme, porque ella no tiene imaginación y le aterra darme un castigo, para después pensar que no fue suficiente. Sobre la policía, ya te conté, pura incompetencia, no pueden atrapar al culpable ni frente de sus narices. Bueno, ¿estás listo para dar sentencia? Perfecto, ¿podés ver a la vieja? Sorprendente, entonces dinos el castigo. No tengas pena, no te tardes.

Conque es ese, comprendo, sí, ella está satisfecha. Muchas gracias.

Creencias: Causa y efecto

Mi abuela siempre fue creyencera, creía en las brujas, el pisuicas, la llorona. Todas esas leyendas y más. Ella creía en espíritus más allá de nuestra comprensión. Ese mismo miedo se heredó a mi madre, a mis tías y tíos ¿Todo claro hasta el momento? ¿No han perdido el hilo del relato, cierto? Sencillo, les hablo de mi familia creyencera. Ser creyencero, por si no lo saben, es alguien que cree en historias paranormales, brujas y esas cosas. Exacto, supersticioso. Mi abuela era tan creyencera, supersticiosa o como quieran llamarlo, que iba donde un brujo, de los buenos, magia blanca supongo. Porque claro, las brujas son malvadas, son las que andan jodiendo, mientras los brujos son quienes nos salvan de los males impuestos por ellas. Exacto, es ironía, me sorprende tener que aclararlo y quitarle así la gracia. Como sea, según su testimonio este brujo en cuestión, le sacó un tumor maligno del estómago, creado por una bruja enamorada de su esposo; mi abuelo. Viejo cabrón, dizque se fue por culpa de una bruja, pero bueno, continuemos, que aunque no parezca, tengo prisa. Porque sí, tengo prisa porque sí, ya dejen tanta preguntadera y presten atención. Continúo, si es que me dejan. Este brujo le sacó una pelota de pelos del estómago, esto lo asegura mi abuela, ella vio la pelota, porque según el brujo y mi abuela, un tumor es una pelota de pelos. Yo no sé cómo será, ¿ustedes saben? Supongo que no será una pelota de pelos, porque si no, no haría tanto mal, ¿verdad?

Prosigo, yo tenía entre 5 y 6 años, mis tatas me llevaron donde mis abuelos. En esos días, los conflictos de mi abuela con las brujas estaban, como se decía en mis tiempos, en lo más y mejor. Ella cuenta que le echaban agua en la cara mientras dormía, los perros ladraban con desesperación y las gallinas amanecían muertas. Pecado, ¿las gallinas qué tienen que ver en eso? Como sea, ella se levantaba con el sobresalto en el pecho y hormigueo en la nuca. No tenía reloj, pero suponía que eran las 3:33 de la madrugada, hora del diablo. Jura haberlas oído reírse. Sí, eran varias brujas ¿Antes dije que solo una? No interrumpen, eran varias, o tal vez

una, qué sé yo. Esta historia es vieja y ya perdí la gracia para contarlas. Ella oía las risas de las brujas, y todo eso dizque para llevarse al marido. Inútil ese de mi abuelo, se lo hubieran llevado, pero para ponerle güecho y pegarle con palos, no porque se lo quisiera robar de manera... ya saben. ¿Que no tienen ni idea de qué es güecho? Ay, luego les preguntan a sus padres, yo no estoy para eso.

Brujas roba maridos decía mi abuela, pobrecilla. Bueno, fuimos donde ellos, y estaban mis tías, mis tíos, mis primos y primas. Con mis primas y primos yo no me llevaba bien, no sé si por ser hija única, o porque mis primos y primas eran estúpidos. Ellos jugaban con las tonterías que brotaban de sus mentes y yo con mis propias tonterías. No sé por qué, pero se me ocurrió una idea fabulosa. Yo tenía entre 10 u 11 años, y a esa edad la maldad infantil está en su apogeo

¿Anteriormente dije que tenía como 5 años? Ya, no sean intensos, no me querrán ver enojada, respeten la historia, ya ahorita termina ¿Por dónde iba? Ah, sí, yo andaba sola por el patio, con la maldad infantil como única compañera. Al rato de andar ton-teando, encontré un frasco de vidrio, lo agarré, le eché agua, tierra, flores majadas, hormigas, hasta pelos de Bruno; el perro de mi abuela. En fin, le eché cuanta cosa me encontré, y con una inocencia de juego fui a mostrarlo dentro de casa como un gran descubrimiento. “Miren lo que encontré enterrado en el patio”. No había terminado de decir esto, cuando mi tío Gerardo perdió la conciencia, se fue de bruces y se golpeó de tal manera, que terminó perdiendo un ojo. Mi mamá salió corriendo, tiró el frasco al piso, me alzó, tapó mis oídos (como si funcionara) y empezó con su “las brujas, las brujas”. La expresión de mi abuela fue de derrota, vi en ella que aceptaba su fatídico desenlace, que perdía contra ellas. “Vaya, ese maleficio se ve muy fuerte”, dijo con la voz de los derrotados. “Quién sabe cuántos más hay así por todo mi terreno, debe ser un campo minado.” Tía Clotilde fue a traer al brujo bueno, quien al ver el frasco entró en trance y empezó a dar vueltas en el piso diciendo palabras inventadas por el calor del momento. Todo fue muy repentino, mi padre, en esa tarde, dijo su única mala palabra en toda su vida. Claro, con todo lo ocurrido, no pude decir que

yo lo había hecho como una broma de maldad inocente. El castigo me hubiera dejado renca por varios días.

Esa misma noche, mi abuelo se fue de casa. Transcurridos 4 o 5 meses, a mi abuela le encontraron un mal en la rodilla que ni el brujo ni los doctores pudieron sanar, sino hasta que le amputaron la pierna. Lo que puede hacer la mente creyencera es muy fuerte. Yo nunca creí en fantasmas ni nada de eso. En fin, yo fui esa bruja que tanto temía mi abuela y nunca se lo pude confesar. Nunca pude decirle, “abuelita, no hay nada que temer, fui yo. Los fantasmas no existen, no existen” ¿Que por qué les cuento esta historia? No sé, ustedes fueron los que me llamaron, que dizque jugando con esa tabla extraña, yo contesté porque a veces una se aburre de no existir.

Álgebra del azar

De la lotería aprendí que la buena o mala suerte se aplica desde el nacimiento, después de eso, funcionan como rachas un tanto desproporcionadas según cada quien. Mi marca personal o mi equivalencia de suerte es de 13 actos de mala, por 3 actos de buena suerte. Así de sencillo, me ocurren 13 eventos de pésima fortuna por tiempos indefinidos, se acaban y comienzan los eventos donde parece que Dios le sonrío a una, estos se limitan a 3. Lo peor de todo es que siempre a la hora de comprar algún número para la lotería, o para alguna rifa o cualquier tipo de estos juegos; estoy en temporal de mala ventura, así le llamo para no repetir las mismas palabras, a la gente le molesta a niveles extremos que una repita mucho las mismas palabras. Mala fortuna, desdicha, pésima ventura, palabras diferentes para decir lo mismo, y así están felices los demás cuando les cuento mis desgracias con el azar. Las ráfagas de la buena llegan y se van tan rápido que no da tiempo ni de contar las monedas, si tan solo durara un poco más. Imposible, los números me odian, y para una jugadora de lotería, esa es una cruz que no soportan los hombros. Nunca he ganado nada, pero en una de tantas, eso tiene que cambiar, ¿no?, o por lo menos eso me consuela ¿Qué hace falta para sacar el premio mayor o una buena parte de él? Aunque sea una fracción, un simple billete en el que coincidan número y serie con las del premio, es muy sencillo, solo hay miles de posibilidades.

Mi niña no ha podido dormir mucho, se nota cansada, pero aguanta, no lo digo yo, ella es la que me trae aquí. Ya casi, ya en la otra cuadra, al cruzar la calle ancha donde Claudio, él debe de tener el 46, ese será el ganador, lo sabemos. No importa que no sea con serie, mientras pegue aunque sea el número será bastante.

Mi niña, aguanta un poco más, se ve con sueño, estas últimas noches se ha intensificado los ataques de malos augurios, se escuchan los trastes, adornos, hasta el tele como si alguien los sacara de los muebles y las tirara contra el piso, eso es nuestra mala suerte, pero ella está tan niña que cree que son fantasmas. Claro, procedo a espantarlos, venga demonio, le grito con un cuchillo en la mano,

venga para partirlo en dos, mi niña más se aferra a mi ropa con sus puños llenos de miedo. Es que apenas estamos saliendo del temporal, entonces, recojo lo que esté en el piso y nos vamos a dormir, ya duérmete mañana tienes escuela. Sí, tranquila, ya sé que sales a las 10 de la mañana, no se me va a olvidar, ahí paso por ti. Está bien, después de que salgas de la escuela, compramos un número, ¿cuál será el de la suerte? ¿46? Buen número, buen número, ya, a dormir.

No me diga que no lo tiene, Claudio. Me ofrece el 45 y el 47, pero esos no sirven, tiene que ser el 46, ese, ese será el ganador. Qué mala suerte. Ahora que lo pienso, con esto, entonces, ya solo quedan dos eventos de mala suerte. Como sea, en la otra cuadra tiene su puesto Josué, él debe de tenerlo. Miro a mi niña, va con tanta actitud que casi se me olvida que va somnolienta, ya casi llegamos. Un momento, le falta el zapato derecho, por Dios, ¿qué te pasó? Como buena niña con terror al regaño y posterior castigo, inventa que un ser diminuto del subsuelo se lo quitó en lo que veníamos caminando. Decime la verdad, no te voy a regañar, ella se mantiene firme en su historia del ser diminuto. Nos persiguen males, no tan graves, pero males al fin, ahora de dónde saco para comprarle otro par de zapatos escolares. Si me vendieran solo uno, esa sería una buena solución, aunque así no funciona la vida. Qué mala suerte. Agarro a mi niña y la monto sobre mi espalda, pesa un poco lo suficiente para una niña de su edad. Continuamos en dirección hacia el siguiente puesto.

No me diga que no lo tiene, Josué. Siento que ya dije eso. Lo vendió hace unos 5 minutos. Qué mala suerte. Lo único bueno, es que ya se terminó el torrencial de desdicha. A mi oído, como un angelillo, escucho la voz animada de mi niña, Me arrepiento, no quería comprar el 46, quiero el 47, ese será el bueno. Esta niña sí me alegra la vida. Pregunto por el 47 y tampoco, maldita sea, ¿no era que ya se había terminado la temporada de mala suerte? De nuevo, vuelve mi angelillo y me recuerda que Claudio lo tiene y hasta me lo ofreció. Esta niña sí que me alegra la vida. Volvemos, nos disponemos a cruzar la calle, el semáforo nos da permiso de pasar, no obstante, un conductor de motocicleta se desquicia, supongo, solo

esa explicación tengo, porque con el semáforo en rojo decide acelerar. Viene hacia nosotras, el muy sinvergüenza pita, nos quedamos quietas sin responder su imprudencia ni con un mal modo, no da tiempo de nada. Su dirección, por milagro, cambia unos centímetros hacia la derecha, por lo que solo nos despeina, digo por milagro, porque del conductor no vimos que hiciera algo por no atropellarnos, que no fuera tocar su maldito pito. Esto es, claro, la buena suerte que ya llegó, y eso se convierte en una paradoja, porque qué mala suerte que lleguen y se vayan tan rápido los únicos soplos de buena fortuna. Así es la vida para algunos, la desdicha nunca se va del todo, no importa, algo es algo. Solo tengo que cuidarme de la buena, para rendirla un poco más. Compramos el 47 donde Claudio, y espero que eso no se considere buena suerte, porque ya él me había dicho que lo tenía, por favor, eso no debe contar. Contaría como buena cuando el premio mayor diga 47, hasta ahí. Antes de disponernos a continuar el camino a casa, mi niña, señala con extrema felicidad hacia el suelo, para supuesta dicha era el zapato perdido o robado según ella. Ya me lo devolvió, grita la nena, es algo bueno, por supuesto, pero ahora solo me resta un evento de fortuna ¿Qué se le va a hacer? Solo queda cuidarnos de la buena suerte hasta el día del sorteo.

Contenido

Ganadores	3
Presentación	5
Poesía Regional	7
Primer lugar.....	11
Marcelo Chinchilla Solís	11
Instantes de un día cualquiera	11
Poesía Nacional	37
Primer lugar.....	41
Josué Trejos Campos	41
Cuando las brujas toman el té	41
1ª Mención Honorífica	59
Armando Calvo Rojas	59
Dinosaurio Crepé	59
2ª Mención Honorífica	101
Julián González Betancur	101
Ejercicio de poesía	101
3ª Mención Honorífica	117
Arturo Navarro Solano	117
País interior	117
Cuento Regional.....	151
Primer lugar.....	155
Dilán Jaseth Rodríguez Ríos	155
Entre nosotros	155
Cuento Nacional	169
Primer lugar.....	173
Fernando Hidalgo Solano	173
Creo que me llamo Julio	173
Mención honorífica	199
Manuel Antonio Umaña Campos	199
Escenas	199

